

LA DEMOCRACIA COMO HORIZONTE DE ESPERA Y CAMPOS DE EXPERIENCIA: EL EJEMPLO CHILENO*

JAVIER SANTISO

CENTRE D'ETUDES ET DE RECHERCHES INTERNATIONALES, CERI

El autor propone la inclusión del tiempo, la memoria y las expectativas en el análisis de las transiciones a la democracia. El estudio de los procesos de democratización experimentados por los países latinoamericanos y europeos, tal como es el caso de Chile, nos muestran otra dimensión de sí mismos cuando incorporamos en nuestra perspectiva esa dimensión esencialmente dinámica que es el tiempo.

Desde ese punto de vista, es posible analizar cómo los agentes políticos de la transición operaron en un medio de incertidumbre, apelando a mapas cognitivos que les permitieran mantener una orientación, en vistas a la realización de sus metas. Para el autor el caso chileno es un ejemplo de cómo la democratización fue una cuestión de tiempo, cronograma, secuencia y ritmo. Desde 1980 hasta el año 1989, la oposición democrática se adaptó progresivamente al cronograma temporal establecido por el gobierno del General Pinochet, en la Constitución de 1980, para reiniciar la vida democrática del país. Paralelo a este tiempo asumido por los agentes democráticos de la transición, el autor nos plantea el tema de las expectativas de una democracia ideal que no llegaría.

Vengo de un país lleno de impacientes. Quizás estén impacientes porque han esperado tanto tiempo a Godot que tienen la impresión de que por fin llegó. (Vaclav Havel)

En uno de sus tratados, Wittgenstein sugirió una metáfora urbana para representar el lenguaje. "Podemos considerar nuestro lenguaje como una ciudad antigua: un laberinto de callejuelas y de plazas pequeñas, de casas antiguas y de casas nuevas y de casas agrandadas en distintas épocas"¹. En muchos aspectos la ciudad descrita por Wittgenstein también podría ser un espacio (político) en devenir continuo, una búsqueda (siempre) inacabada cuya esencia no es la perfección sino la perfectibilidad².

* Quiero agradecer a Oscar Godoy y Guy Hermet por sus comentarios, y también a quienes participaron en las reuniones efectuadas en Santiago y París, en el marco del proyecto ECOS/CONYCIT; en particular a Bérengère Marques-Pereira, Ana María Stuyen, Alfredo Joignant, Alfredo Rehren, Sebastián Saiegh y Samuel Valenzuela, así como a Norbert Lechner, Juan Linz y Albert Hirschmann por los numerosos momentos de conversación preliminares a este trabajo. Igualmente, quiero agradecer a todas las personas, actores y observadores de la vida política chilena quienes nos acordaron una entrevista en el marco de esta investigación, así como al Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile por el apoyo que nos brindara durante las estancias en Chile. Las citas son traducciones del texto original en francés, puesto que no fue posible tener acceso a las entrevistas en castellano. (N. del T.)

1 Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus* (Paris: Gallimard, 1961), p. 121.

2 La metáfora de la ciudad en devenir continuo, que crece sin cesar con casas nuevas, suburbios nuevos, arterias nuevas, se aplica más aún a la noción de democracia cuando ésta ha sido engalanada y vestida con adjetivos cada vez nuevos, los que extienden el campo de esta noción. Acerca de esta proliferación de adjetivos (tanto en el campo político como científico), véase David Collier y Steven Levitsky, "Democracy With Adjectives. Conceptual Innovation in Comparative Research", *World Politics*, Nº 49 (abril de 1997), pp. 430-451.

Vacilando entre idealismo y realismo, lo propio de la democracia es estar siempre en movimiento, siempre hacer y perfeccionar. Es a la vez un ideal, un horizonte temporal por alcanzar y un proceso, una relojería política, que dispone registros de vencimiento y calendarios, lentitud de las legislaciones y velocidad de las ejecuciones.

Al usar los términos horizonte temporal o relojería política, quizá conviene reconsiderar la metáfora urbana y espacial de Wittgenstein y añadir que la democracia no es una noción espacial sino temporal.

La democracia, hecha de tiempos vivos y de tiempos muertos, viviendo al ritmo de los calendarios electorales y de las legislaturas, se construye sobre la base de horizontes temporales limitados. Es más propicia a las reformas que a las rupturas, se presta más a los ajustes marginales que a los grandes frescos dibujados en primer plano. En esto, el movimiento de la democracia consagra antes que nada una perspectiva de la política de tipo corto plazo, en la que, elección tras elección, la temporalidad de lo político permanece en un horizonte restringido. "La política democrática –subraya Juan Linz– secciona el tiempo en segmentos de duración relativa y corta. Para los regímenes revolucionarios no democráticos, el presente (y entre algunos de ellos el futuro) es claramente definido como una ruptura con el pasado, que es sinónimo de opresión, de decadencia y de caos. Por su parte, el proceso democrático, una vez institucionalizado y consolidado, no permite cesuras ni dicotomías entre el pasado y el presente tan claras y dramáticas, tan ideológicamente connotadas"³.

Desde el punto de vista temporal, la característica principal de la democracia es ser un gobierno en que la delegación del poder de los gobernados es sólo momentánea, puesto que los dirigentes son solamente arrendatarios precarios. Tienen contratos que por cierto se pueden prorrogar, pero que son siempre temporarios⁴. Como lo sugiere un político chileno convertido a las regalías de este régimen *pro-tempore*, "en democracia, gobernar o estar en la oposición, es cuestión de circunstancias. Hoy tenemos el poder, mañana serán los adversarios que lo ejercerán"⁵. En este sentido, la democracia es un gobierno *pro-tempore*, sometido a procesos electorales⁶ de intervalos regulares, una forma de gobierno que convierte "a la mayoría simple en el dueño provisorio de todas las decisiones políticas hasta que otro dueño mayoritario lo reemplace"⁷.

3 Juan Linz, "Democracy's Time Constraint", contribución presentada en el Vienna Dialogue on Democracy II, "Democracy and Time", 30 de noviembre – 3 de diciembre de 1995, *International Political Science Review*, Vol. 19, Nº 1 (enero de 1999), pp. 19-38, y Philippe Schmitter y Javier Santiso, "Three Temporal Dimensions to the Consolidation of Democracy", *International Political Science Review*, Vol. 19, Nº 1 (enero de 1999), pp. 69-92. Acerca de las temporalidades de la democracia, véase la edición especial de "Democracy and Time" de la *International Political Science Review*, Vol. 19, Nº 1 (enero de 1999), pp. 19-38, con las contribuciones de Goodin, Patterson, Schmitter, Santiso, así como la de Linz citada anteriormente.

4 Véanse los trabajos que se hicieron en Estados Unidos sobre la vida política norteamericana, Burdett Loomis, *Time, Politics and Policies. A Legislative Year* (University of Kansas Press, 1994); Stephen Skowronek, "Presidential Leadership in Political Time", en Michael Nelson (ed.), *The Presidency and The Political System* (Washington: CQ Press), pp. 87-132; Eric Uslaner, "A Contextual Model of Coalition Formation in Congress: The Dimensions of Party and Political Time", *American Behavioral Scientist*, Vol. 7 (marzo-abril de 1975), pp. 513-529.

5 Andrés Allamand, *La centro-derecha del futuro* (Santiago: Editorial Los Andes, 1993), p. 24.

6 Véase acerca de este punto el artículo de Juan Linz, "Il fattore tempo nei mutamenti di regime", *Teoria Politica*, Nº 1 (1986), pp. 3-47.

7 Jean Leca, "La démocratisation dans le monde arabe: Incertitude, vulnérabilité et légitimité", en Ghassam Salamé (ed.), *Démocraties sans démocrates. Politiques d'ouverture dans le monde arabe et islamique* (Paris: Fayard, 1994), p. 36.

A semejanza de la democracia, la democratización se puede comprender a través de la dimensión temporal. En numerosos países, la democratización ha sido, antes que nada, el tiempo de la espera, un tiempo periodizado por impacencias y esperanzas clavadas en el horizonte de un porvenir, en que brilla la promesa de una democracia por llegar. También fue la experiencia de una espera denegada, porque Godot, la democracia ideal y absoluta, que esperaron durante largos años, no ha llegado, o más bien no podía llegar. El aprendizaje político que obra en las transiciones democráticas radica precisamente en esta toma de conciencia de que la democracia siempre está por llegar, siempre en devenir, ya que ella es el reino, en política, de la perfectibilidad, y no el reino estático y utópico (en el sentido propio del término⁸) de la perfección.

Las experiencias de democratización en Europa del Este y en América Latina expresan, en algunos países, este aprendizaje político, este trabajo singular de duelo de las utopías que está obrando en muchos países nuevamente democratizados⁹. Por ejemplo, al final de la “Revolución de Terciopelo”, el ex disidente Vaclav Havel tomará conciencia de que la política democrática es un proceso sin fin, que exige cierta ética de la paciencia: “Constaté con pavor –dirá Havel– que mi impaciencia con respecto al restablecimiento de la democracia tenía algo comunista. O de manera más general algo racionalista, del tiempo de Las Luces. Quise apurar la Historia, de la misma manera que un niño tira de una planta para que crezca más rápido”¹⁰. Godot no vino, porque no existe: Godot no es más que la otra cara del comunismo o del utopismo.

Esta experiencia de la espera también ha estado presente en América Latina, donde, de un país a otro, las trayectorias nacionales han igualmente adoptado modalidades que consisten en esperar y lograr la democracia anunciada. Como lo sugiere la semántica inglesa (contrariamente a la francesa o a la italiana, en las que existe una sola palabra, *attente* o *attesa*, respectivamente), este término oculta en realidad una pluralidad de palabras, ya que el inglés distingue *waiting* y *expectation*. En ambos casos se trata de designar experiencias que apuntan hacia el futuro. Sin embargo, en el primero se trata de una experiencia más pasiva que activa, mientras que en el segundo la espera integra un componente más tajante de anticipación y de voluntarismo.

Esta distinción semántica que ofrece el inglés es valiosa, al precisar las experiencias de espera presente en América Latina. En ciertos países como en Chile, la *expectation* predomina, la espera democrática es dinámica, saturada de anticipaciones. En otros países, como México, se trata

8 El tiempo de las democratizaciones fue el tiempo de la utopía teleológica porque la democracia ha sido concebida algunas veces como el último lugar por alcanzar. Se puede decir de este lugar que ha sido habitado muchas veces por lo que Kolakowski llamó la nostalgia de una utopía epistemológica; véase Leszek Kolakowski, “The Death of Utopia Reconsidered”, en Kolakowski, *Modernity on Endless Trial* (Chicago, London: The University of Chicago Press, 1990 y 1997), pp. 131-145, puesto que se supone que toda la verdad (política, social, económica) del mundo es derivada y derivable de una democracia concebida como el último principio fundador. En muchos países, la espera democrática se confundirá con la espera de una vida mejor, en especial en el plano económico, una vida en la que crecimiento y democracia están íntimamente vinculados. Es inútil recordar que este vínculo ha sido el objeto de múltiples análisis y que nunca se ha corroborado de manera sistemática, como lo subrayan en su estudio Adam Przeworski y Fernando Limongi, “Modernization: Theories and Facts”, *World Politics*, vol. 49, N° 2 (enero de 1997), pp. 155-183.

9 Véase Javier Santiso, “Los relojes y las nubes: Tiempo y democratización en América Latina y Europa del Este”, *Política y Gobierno*, Vol. IV (primer semestre de 1997), pp. 5-80.

10 Vaclav Havel, “Allocution à l’Académie des Sciences Morales de Paris. Paris, Octobre 1992”, en Havel, *L’angoisse de la liberté* (La Tour d’Aigues: Editions de l’Aube, 1994), p. 247. Acerca de las temporalidades en Europa del Este, véase Javier Santiso, “La valse aux adieux: Une analyse temporelle”, en Guy Hermet y Lilly Marcou (editores), *Des partis comme les autres? Les anciens communistes de l’Europe de l’Est* (Bruxelles: Editions Complexe, 1998), pp. 119-136.

más bien de una espera estática, saturada de frustraciones. El creer afecta más a la espera (la línea temporal de un futuro siempre por llegar) que al trabajo de la memoria. El tiempo de la espera, en el primer caso, es un tiempo que no está suspendido, sino tendido hacia la esperanza y el recuerdo. En el segundo es un intervalo, un paréntesis, un vacío experiencial, un tiempo intersticial, en el que el horizonte de espera, lejos de acercarse, permanece lejano, fuera de alcance, siempre en el horizonte del creer¹¹.

Más allá de estas distinciones, la experiencia chilena es notable en muchos aspectos. En este país, quizá más que en ningún otro en el continente, la democracia ha sido una verdadera patria sentimental, desbordante desde el pasado y el porvenir, simultáneamente como recuerdo y como deseo, como memoria y como creer. El país de donde vienen los chilenos es antes que nada un país "temporal y mental, más que geográfico y cultural"¹². Quizá en Chile, más que en ninguna otra parte de América Latina, el doble trabajo del tiempo, el de la memoria y del creer, ha estado obrando, estando la espera presente. Esta es la tensión entre impaciencia y paciencia, la gratificación que se demora en llegar y la prudencia que se trata de mantener¹³.

LA DEMOCRACIA POR VENIR:

CHILE ENTRE EL CREER Y LA MEMORIA

En Chile, la idea de democracia se ha inscrito, o más bien se ha reinscrito, en la agenda política a través de un movimiento de esperanza que va desde el futuro hacia el presente. En esto, Chile

- 11 Esta noción de espera merecería por sí un análisis más profundo. En este sentido, Gasparini invita a distinguir por lo menos tres tipos de experiencias de espera. En primer lugar, la espera como intervalo provisorio, durante el cual una acción está interrumpida: "en este caso, la espera está percibida como un intervalo o un periodo intersticial" y de manera general como una pérdida de tiempo. Existe también la espera que pasa lentamente pero que sin embargo está percibida como un momento temporario: se puede dinamizar con una "ocupación" sustitutiva. Finalmente la espera puede ser un espacio de experiencias al que el actor otorga un significado. Véase Giovanni Gasparini, "On Waiting", *Time and Society*, Vol. 4, Nº 1 (1995), pp. 31-32. Véase también el ensayo sobre la espera de Carlo Mongardini, "L'aspettativa come categoria sociologica", en Mongardini, *Epistemologia e sociologia* (Milan: Angeli, 1985). Los ejemplos literarios abundan igualmente y muestran lo diversas que son las experiencias, como la espera vana e ilusoria de acontecimientos o de personajes que nunca llegan, como en la obra de Beckett *Esperando a Godot*, o en la novela de Buzzati *El desierto de los Tártaros*; existe también una espera en la que se mezclan, como en los relatos de Kafka, la anticipación y la aprensión de un acontecimiento incierto e indefinido. Por fin, cabe mencionar también los comentarios del filósofo Jan Patocka sobre el poema "Colón", de Macha, en el que la dimensión de la espera es omnipresente: "los marinos le dan a Colón un plazo de tres días. ¿Qué garantiza que la tierra aparecerá antes del vencimiento de este plazo? ¿Una tierra nueva, una meta a la que todo tiende y que se pueda alcanzar de manera duradera, generalmente es al alcance de la vida humana?" Numerosos cuestionamientos políticos contemporáneos (problema de la incredulidad y del recelo políticos, de la economía de la paciencia y de los plazos, así como de las metas razonables para que se puedan lograr) están insinuados en este poema y en las constataciones que inspiran a Patocka. Véase Jan Patocka, "Temps, éternité et temporalité dans l'oeuvre de Macha", en Patocka, *L'écrivain et son 'objet'* (Paris: P. O. L., 1990), pp. 236 y sig.
- 12 Véase Guy Hermet, *Les désenchantements de la liberté. La sortie des dictatures dans les années quatre-vingt-dix* (Paris: Fayard, 1993), p. 13.
- 13 Existen muy pocos autores (excepto Gasparini y Mongardini, ya citados) que se hayan interesado en esta noción de espera y en sus implicaciones en términos políticos. Barry Schwartz, en un análisis empírico más profundo, estudió estos fenómenos de espera como expresiones sociales de distribución del poder. Luego, también se interesó en los fenómenos de espera frente a las ventanillas en una perspectiva más económica: la espera se convierte entonces en "un impuesto temporal" y el tiempo pasado en espera se convierte en una de las variables claves para evaluar un servicio ofrecido. Véase Barry Schwartz, "Waiting, Exchange and Power: The Distribution of Time in Social Systems", *American Journal of Sociology*, Nº 79 (1974), pp. 841-870; y Barry Schwartz, *Queuing and Waiting* (Chicago: University of Chicago Press, 1975).

comparte la misma experiencia de la espera que otras naciones del subcontinente. Sin embargo, la democracia también ha sido reactualizada a través de la experiencia de la memoria¹⁴, aquel trabajo del tiempo que va del pasado hacia el futuro; en esto, la espera chilena se diferencia de otras expectativas latinoamericanas de democratización¹⁵. En tal sentido, la trayectoria política chilena es la de cierta paciencia política que va acompañada por una estrategia de paciencia adoptada por la oposición democrática¹⁶:

La memoria política –subraya Enrique Correa– desempeñó un papel primordial. No se puede olvidar que los diversos componentes de la coalición estaban en el centro mismo de los conflictos ideológicos en los años sesenta y setenta. Mucho más que una convergencia ideológica, esas fuerzas comulgaron en un mismo sentimiento de culpabilidad colectiva. Todos se sentían culpables de haberse dividido y de haber contribuido a la tragedia. Sobre todo se trataba de no repetir este error. Construir un compromiso nuevo para no repetir el pasado. Esto es cierto para las élites, pero pienso que todos los chilenos conservan una visión trágica del pasado, para ellos se trata también y sobre todo de no repetirlo¹⁷.

- 14 Una de las características más importantes del proceso chileno es haber sido una redemocratización, puesto que Chile tiene una de las tradiciones democráticas más antiguas del continente y uno de los sistemas partidarios más estructurados. Para un análisis que incorpora el largo plazo, véanse las investigaciones de Samuel Valenzuela, "Building Aspects of Democracy Before Democracy: Electoral Practices in Nineteenth Century Chile", en Eduardo Posada-Carbo (ed.), *Elections Before Democracy* (London: Mac Millan, 1996), pp. 223-225; Samuel Valenzuela y Timothy Scully, "De la democracia a la democracia: Continuidades y cambios en las opciones electorales y el sistema de partidos en Chile", *Estudios Públicos*, N° 51 (invierno 1993), pp. 195-228.
- 15 Podemos opinar, junto a Sartori, que una de las distinciones más importantes que cabe hacer dentro de los distintos procesos de transiciones democráticas radica precisamente en la existencia o no existencia de una experiencia democrática previa; en este caso, cabe distinguir democratización y redemocratización. Véase Giovanni Sartori, *La democracia después del comunismo* (Madrid: Alianza Editorial, 1993), pp. 75 y sig.
- 16 Como lo subraya Marie Mendras al comentar el ensayo de Shlapentokh, "la paciencia no es un rasgo del carácter, es una elección en una situación dada", la paciencia es un comportamiento estratégico en que lo razonable prevalece sobre la maximización o la pasión. Marie Mendras, "La patience chez Shlapentokh et la peur de l'annihilation chez Leites", *Archives Européennes de Sociologie*, XXXVI, 1995, pp. 355-357. El interés de los análisis de Shlapentokh es operar a partir de las encuestas de opinión y de los sondeos, mientras llama a considerar la paciencia no como inherente a un "alma esclava" cualquiera sino más bien como un comportamiento estratégico al que recurrieron los rusos en los años noventa: sometidos bruscamente a coyunturas altamente aleatorias, inestables e imprevisibles después del transcurso de algunos decenios bajo el signo de lo inmutable, la estrategia de los antiguos ciudadanos de la ex Unión Soviética ha sido de tipo defensivo. No se trataba de actuar, sino de esperar, cobijarse de la tormenta. En el caso ruso, el autor muestra asimismo que esta economía política de la paciencia no presagia de ninguna manera ineluctables "buenas noticias"; esta paciencia, impregnada de frustraciones, se puede expresar mediante un voto a favor de los líderes autoritarios. Véase el análisis de Vladimir Shlapentokh, "Russian Patience: A Reasonable Behavior and a Social Strategy", *Archives Européennes de Sociologie*, XXXVI, N° 2 (1995), pp. 247-279.
- 17 Entrevista con Enrique Correa, miembro fundador del MAPU, ex Ministro Secretario General de Gobierno bajo la presidencia de Patricio Aylwin, ex director de FLACSO-Chile, el 22 de septiembre de 1995, Santiago de Chile, sede de FLACSO.

Además de este trabajo del recuerdo, se agregó en Chile el trabajo del duelo, del olvido y del perdón¹⁸. Aunque esté incompleto e inacabado¹⁹, este trabajo acerca de los días pasados sigue siendo, sin embargo, particularmente importante en un país que sufrió lo que los actores de la transformación política chilena llaman hoy un trauma. Como lo subraya Ricoeur, el perdón no se limita a la sola suma del trabajo del recuerdo y del duelo, “se agregan uno al otro”, y “al agregarse, [el perdón] en sí no es un trabajo sino más precisamente un don”. El acto del perdón en Chile, como en cualquier parte, tiene también una dimensión trágica porque “perdón pedido no es perdón debido”: “el que sigue el camino del perdón debe estar dispuesto a escuchar un rechazo. Entrar en el área del perdón, es aceptar medirse con la posibilidad siempre abierta de lo imperdonable”²⁰.

De manera significativa, el Presidente demócratacristiano Patricio Aylwin subraya, a propósito de la transición chilena, la importancia de este trabajo de duelo y de olvido, de recuerdo y de perdón.

Teníamos prácticamente todos una experiencia común, la que precedía la polarización ideológica, la experiencia de la polarización y por último la experiencia de la dictadura. Es muy probable que todo esto nos haya ayudado, curiosamente, a todos los que habíamos sido adversarios, a reconciliarnos, a entendernos recíprocamente y a reforzar nuestros vínculos. Un ejemplo: Clodomiro Almeyda era uno de los líderes del ala dura del Partido Socialista, fue Ministro de Relaciones Exteriores de Allende. Yo mismo, era jefe de la oposición al gobierno de Allende. Con Almeyda habíamos sido amigos durante nuestra infancia y luego adversarios políticos. Durante la dictadura, cuando Clodomiro Almeyda volvió a Chile, cayó preso. Fui a verlo varias veces y restablecimos entre nosotros un vínculo muy sólido de amistad. Teníamos a partir de ese momento algo que hacer en común²¹.

Chile es un país que sufrió la integración de recuerdos traumáticos que se remontan al pasado. Se podría decir que, al igual que otros pueblos, este país sufre de demasiada memoria, como otros sufren de una falta de memoria²². Sin embargo, se trata también de un país que ha vivido desde el

18 Hacemos eco de las expresiones utilizadas por Paul Ricoeur, “¿Puede sanar el perdón?”, *Esprit*, marzo-abril de 1995, pp. 77-82. Acerca del perdón, véase también el ensayo de Paul Ricoeur, “Sanction, réhabilitation, pardon”, *Le Juste* (Paris: Editions Esprit, 1995), pp. 193-208.

19 Chile, al igual que otros países del Cono Sur y de Europa del Este, sigue forcejeando con su pasado autoritario. Una de las preguntas más destacadas en este sentido es la que se hace acerca de los juicios en contra de los autores de delitos que ocurrieron bajo el régimen militar. En 1995, esta pregunta afloró de nuevo, provocando crisis y alborotos políticos, a propósito del crimen cometido contra el ex ministro Orlando Letelier en 1976, que fue encargado por el responsable de la DINA, el general Contreras. Véase “The Past Raises its Ugly Head”, *The Economist*, 1 de julio de 1995, pp. 35-36. Véase, acerca de este punto, el trabajo de Alexandra de Brito, *Human Rights and Democratization in Latin America: Uruguay and Chile* (Oxford: Oxford University Press, 1997). Para una comparación entre América Latina y Europa Central sobre este punto, véase Tina Rosenberg, *The Haunted Land: Facing Europe's Ghosts after Communism* (New York: Random House, 1995); así como la crítica de Timothy Garton Ash, “Central Europe: The Present Past”, *The New York Review of Books*, 13 de julio de 1995, pp. 21-23.

20 Ricoeur, 1995, *op. cit.*, p. 81.

21 Entrevista con el Presidente Aylwin, 15 de septiembre de 1995, Santiago de Chile, en su domicilio.

22 Al igual que Chile, un país como España también experimentó un largo ejercicio de “memoria colectiva”, reintegrando, durante los años de transición democrática, el recuerdo de la Guerra Civil de los años treinta. Véanse los trabajos de Paloma Aguilar, *La memoria histórica de la Guerra Civil española (1936-1939). Un proceso de aprendizaje político* (Madrid: Instituto de Estudios e Investigaciones Juan Marsch, 1995); Paul Preston, “Revenge and Reconciliation: The Spanish Civil War and Historical Memory”, *Working Paper Series of the Center for European Studies* (Harvard University, 1986).

futuro. Retomando la expresión de Koselleck²³, podríamos decir que en Chile la democracia ha sido a la vez un horizonte de espera y un campo de experiencia, una espera nutrida de esperanzas, temores, análisis racionales y de imprevistos, de deseos y voluntades. También ha sido una experiencia, un pasado rememorado, acerca de las posibilidades actualizadas o fracasadas, de la democracia que fue, y que ya no es una democracia pesada como una nostalgia y un deseo. Por “espacio de experiencia” cabe entonces entender la actualización de todas las herencias transmitidas desde el presente político. Por horizonte de espera cabe entender el despliegue de los proyectos y de las esperanzas que insertan el futuro en el presente. Las trayectorias políticas de las democratizaciones se pueden considerar como despliegues de horizontes de espera y de travesías de campos de experiencias que se reactualizan sin cesar, a medida que los juegos y apuestas políticas se hacen y se deshacen.

“El espacio de experiencia –como lo subraya Ricoeur– puede ser estrecho y pobre si las herencias son fijas, escleróticas, muertas; el horizonte de espera puede estar cercano en el corto plazo de la gestión cotidiana o alejado casi al infinito en las utopías de la regeneración, de la reconciliación, de la reintegración”²⁴. En ciertos países del continente, como en México, el horizonte de espera democrática siguió siendo un horizonte lejano, que retrocede sin cesar a un tiempo indefinido, y la democracia permanece siempre postergada, de cierta forma, para más tarde²⁵. El espacio de experiencia democrática es ahí particularmente estrecho y pobre y sus débiles cimientos se encuentran únicamente en experiencias previas. En Chile, al contrario, los horizontes de espera se redujeron de manera singular durante un proceso de democratización revitalizado por el recuerdo de experiencias democráticas pasadas. En uno de los casos, el horizonte democrático no ha dejado de retroceder y en el otro volvió a ser, de nuevo, un espacio de experiencia, por cierto con indiscutibles límites, pero un espacio de experiencia democrática hoy efectivo²⁶.

Escribiendo desde México y quizá pensando en comparación con Chile, donde vivió durante largos años, el cientista político Norbert Lechner subraya:

23 Reinhart Koselleck, *Le futur passé: contribution à la sémantique des temps historiques* (Paris: Editions de l'EHESS, 1990), pp. 307 y sig.

24 Paul Ricoeur, “Le temps raconté”, *Le Courier de l'Unesco*, abril de 1991, p. 15.

25 Véase Mauricio Merino, “Democracia después”, *Nexos*, mayo de 1993, pp. 51-59. Soledad Loaeza subraya en este sentido que, “contrariamente a la idea general, según la cual las liberalizaciones tienden a ser fórmulas transitorias, México hace alarde de tener una experiencia de apertura de más de veinte años, cuyo éxito significó el abandono o por lo menos la postergación *sine die* de la liberalización”. Soledad Loaeza, “La incertidumbre política mexicana”, *Nexos*, N° 186 (1993), p. 48. De la misma forma y con mucha malicia, un observador de la vida política mexicana, Héctor Aguilar Camín, pondrá en epígrafe de uno de sus ensayos sobre el nuevo milagro mexicano que todos esperan pero que nunca llega, es decir la democracia, un verso de Quevedo: “Ayer ya pasó, mañana no está todavía”. Véase Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro* (México: Cal y Arena, 1989).

26 Como lo subrayan con mucha razón Juan Linz y Alfredo Stepan, la transición chilena sigue siendo una transición incompleta, dadas las importantes restricciones heredadas de la Constitución de 1980. Véase sobre este punto Juan Linz y Alfred Stepan, “Incomplete Transition/Near Consolidation? Chile”, en Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe and Post-Communist Countries* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1996), pp. 205-218; también el análisis de Samuel Valenzuela sobre la Constitución de 1980. Subrayamos que esta constitución fue igualmente una suerte de “bendición disfrazada”, para retomar un término grato a Hirschmann, que hizo posible el plebiscito de 1988 y que por lo mismo abrió una oportunidad, que pudo aprovechar la oposición democrática. Véase también acerca del recorrido chileno: Javier Santiso, “Théorie des choix rationnels et temporalité des transitions démocratiques”, *L'Année Sociologique*, Vol. 47, N° 2 (1997), pp. 125-148.

Percibimos en lo sucesivo, que tener una democracia no implica de ninguna manera gobernar democráticamente. La atención se desplaza hacia la política para descubrir al final que, en el gobierno democrático, el ejercicio de la democracia parece obedecer a criterios diferentes al simple credo democrático. La democracia como sistema normativo de organización y de legitimación del poder político es una cosa; otra cosa es el inextricable campo de las dinámicas, interacciones y desenlaces, durante los que se deciden (o no se deciden) las políticas democráticas²⁷.

La memoria de la democracia pasada y de su pérdida brutal en 1973, y también la esperanza de una democracia por venir, constituyen así el telón de fondo de esta importante renovación política que han hecho los actores de la política chilena²⁸. Cabría, por otro lado, hablar de diversas formas de memoria, de múltiples formas de presencias del pasado, subyacentes en las visiones del mundo de los distintos actores. Memorias históricas que se inspiran en el relato de la historia y memorias vivas hechas de recuerdos y de experiencias vividas o compartidas, memorias comunes o compartidas (si queremos evitar el término discutible de memoria colectiva) y memorias transmitidas hoy al lenguaje a través de los innumerables testimonios que representan en los años ochenta los discursos sobre la democratización chilena.

LA DEMOCRACIA CHILENA:

UN PAÍS ADONDE SE VA Y UN PAÍS DE DONDE SE VIENE

Un hecho sociológico corrobora además la importancia del pasado y de la memoria en la transición chilena. Esta la han hecho posible, en gran parte, actores como Valdés, Maira, Lagos y Aylwin²⁹, entre otros, quienes habían vivido políticamente el periodo posterior a Allende así como las experiencias democráticas anteriores. Como lo subraya Lagos, la memoria es uno de los elementos que caracterizan la transición chilena:

Recuperamos la democracia, después de dieciséis o diecisiete años de dictadura y no después de cuarenta, como en España. Cuando la democracia reapareció en el país [España], la mayoría de los actores políticos de antaño habían desaparecido. En Chile, al contrario, las memorias siguieron tanto más vivas cuanto que el número de actores era igual quince años después³⁰.

27 Norbert Lechner, "¿Por qué la política ya no es lo que fue?", *Nexos*, diciembre de 1995, p. 63.

28 Véase Jeffrey Puryear, *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1994).

29 Sobre Aylwin en particular, véase el ensayo de Alfredo Joignant, "La production d'un candidat. Notes sur la campagne interne du parti démocrate-chrétien chilien pour l'investiture à l'élection présidentielle de 1988", *Revue Française de Sciences Politiques*, Vol. 40, N° 3 (junio de 1990), pp. 366-380.

30 Entrevista con Ricardo Lagos, miembro fundador del PPD chileno (Partido por la Democracia), ex Ministro de Educación y ex Ministro de Obras Públicas bajo las presidencias respectivas de Aylwin y Frei, el 13 de octubre de 1994, Lyon, Cámara de Comercio e Industria. Reproducido parcialmente en *Politique Internationale*, N° 66, (invierno 1994/1995), p. 359.

De esta forma, el recorrido de la democracia chilena se entiende no sólo como un ir hacia, sino que también como un volver hacia la democracia³¹. Si, como lo sugiere Jon Elster, cierta continuidad dentro de las élites “facilita el aprendizaje de las lecciones pasadas y el recuerdo de los acontecimientos pasados”³², se puede concebir fácilmente la importancia de este trabajo desde el pasado. De la misma manera, los actores que nacieron políticamente con Allende o con Pinochet no cesarán nunca de desear estar fuera del alcance de esta caída que significó la dictadura, de innovar y de fomentar un hacer político democrático. Para ellos es antes que nada el trauma del golpe de Estado de 1973 que se transforma en experiencia prima, la de un pasado que se trata de proscribir y no renovar nunca más:

“En 1989, durante las elecciones presidenciales y parlamentarias, en el marco de mi candidatura al Senado, fui a un barrio popular. Durante esta gran manifestación, una mujer ya entrada en edad sale de la muchedumbre y se acerca para felicitarme. “Toda mi vida he sido allendista, compañero”, me dijo. “Y ahora que Ud. habló tan justamente, me convenció. Voy a votar para Ud.” Lo confieso, me encontraba un poco perplejo. “No entiendo”, le contesté, “si Ud. siempre ha sido allendista, ¿para qué la tengo que convencer que vote para mí hoy?”. “He sufrido tanto”, contestó. “No quiero tener que volver a vivir lo que sufrí en 1973 durante el golpe de Estado. No quiero que vuelvan los militares. ¡Nunca más! ¡Prométamelo!”

Saqué una lección muy clara de este episodio. Esta mujer no quería a ningún precio volver al pasado. Quería soñar con una victoria de la izquierda pero quería que este sueño no se transformara de nuevo en pesadilla como con la experiencia socialista de Allende, interrumpida brutalmente por el golpe de Estado de Pinochet. Existe aquí, me parece, una pregunta esencial para la izquierda chilena y latinoamericana en general: ¿cómo convencer a los pueblos que el cambio para una sociedad más justa es posible sin su secuela de consecuencias traumatizantes?³³

La democratización chilena fue también una trayectoria en la que el paso a cada nuevo horizonte de espera creaba una nueva experiencia que modificaba el mapa cognitivo de los actores, renovando los temas y los problemas, abriendo nuevas alternativas y oportunidades que entraban en el juego y se transformaban en apuestas presentes y futuras. Fue sobre todo en este horizonte de espera que la democracia se perfilaba menos como una invención que como una recuperación. El trauma de su pérdida quedaba inscrito en las memorias. En este sentido, en Chile obraron los dos efectos temporales subrayados por Elster, mediante un proceso de aprendizaje político, el de *backward effect*, experiencia de la retrospectión en que el trabajo de la memoria y del recuerdo participa de lo que será o deberá ser el porvenir. También actúa el *forward effect*, donde el trabajo del creer y de la esperanza, el juego de las anticipaciones y de las esperas afecta el porvenir mismo, mucho antes de su ocurrencia³⁴.

31 Acerca de la democracia chilena existen numerosos trabajos de tipo más o menos histórico, los que ponen en perspectiva la (antigua) tradición democrática del país. Véase en particular el de Norbert Lechner, *La democracia en Chile* (Buenos Aires: Editorial Signos, 1970).

32 Jon Elster, “Consequences of Constitutional Choice: Reflections on Tocqueville”, en Jon Elster y Rune Slagstad (editores), *Constitutionalism and Democracy* (New York: Cambridge University Press, 1988), p. 93.

33 Entrevista con Ricardo Lagos, *op. cit.*

34 Véase ensayo de Jon Elster y George Loewenstein, “Utility from Memory and Anticipation”, en Georges Loewenstein y Jon Elster (editores), *Choice Over Time* (New York: Russel Sage Foundation, 1992), pp. 213-234.

Apuntar al futuro o al pasado no es de ninguna manera un trabajo de mera contemplación, implica también un trabajo de acción³⁵. Pasado y futuro ya no son puramente determinados, puesto que las anticipaciones pueden alterar los proyectos futuros o invitar a tomar decisiones que modifiquen la estructura de las elecciones por venir. De la misma manera, los ejercicios retrospectivos pueden inducir efectos de aprendizaje o puestas en perspectiva de un pasado olvidado o recobrado, es decir reconstruido, de tal forma que modifican la aprehensión del presente y la visión del futuro que tienen los actores. Como escribe el filósofo español Ortega y Gasset, “mi futuro me hace descubrir mi pasado para realizarse. El pasado se vuelve real porque lo vuelvo a vivir y cuando encuentro en él los medios para realizar mi futuro, sólo entonces descubro mi presente”³⁶. Así, el pasado no está nunca superado del todo. La memoria siempre es viva: el pasado, al igual que el futuro, y la memoria al igual que el proyecto, son constitutivos de la acción presente al conferirle un antes, un durante y un después³⁷.

Ricoeur subraya igualmente esta dimensión activa del trabajo de la memoria y del creer, es decir el trabajo de la dialéctica entre horizonte de espera y espacio de experiencia. En este trabajo, la modificación de uno lleva a la modificación del otro, porque no se puede afectar la memoria sin cambiar también el proyecto. En este sentido, el pasado no está totalmente determinado y cerrado. Al igual que el futuro, está en parte abierto e indeterminado. “Por cierto –nota Ricoeur–, los hechos pasados son imborrables: no se puede deshacer lo que se hizo o hacer que lo que pasó no haya pasado. Sin embargo, el significado de lo que nos pasó, lo que hayamos hecho o sufrido, no está fijo para siempre. Además de que los acontecimientos del pasado quedan abiertos a interpretaciones nuevas, nuestros recuerdos producen un golpe colateral en nuestros proyectos mediante un notable efecto retardado. Lo que se puede cambiar del pasado es su carga moral, su peso de deuda por lo que pesa a la vez sobre el proyecto y sobre el presente”³⁸.

En Chile asistimos en parte a reconversiones y a conversiones del significado del pasado. Experiencias de la memoria, por lo tanto. Sin embargo, se mantenía presente la experiencia de una creencia: la vuelta de la democracia perdida. Es en función de esta democracia por venir, por lo tanto en virtud de la acción retroactiva del objetivo del futuro sobre la aprehensión del pasado, que se reorganizaron también los pasados chilenos.

35 En este sentido, Schelling señalaba que “se consumen también acontecimientos pasados al hacerles aflorar en nuestra memoria”, en Thomas Schelling, *Choice and Consequences* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1984), p. 344.

36 José Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?* (Madrid: Alianza Editorial, 1980 y 1993), p. 207.

37 Los trabajos de Mead son particularmente luminosos sobre esta doble presencia del pasado y del futuro en el presente de la acción humana. Véase en particular George Mead, “The Nature of The Past”, en Jon Coss (editor), *Essays in Honour of John Dewey* (New York: Holt, 1929), pp. 235-242. Sobre los trabajos de Mead en sí, se puede consultar el libro colectivo *George Herbert Mead, Essays on his Social Philosophy* (New York: Teachers College Press, 1968); David Maines, Noreen Sugrue y Michael Katovitch, “The Sociological Import of Mead’s Theory of the Past”, *American Sociological Review*, N° 48 (1983), pp. 161-173; así como Anselm Strauss, “Mead’s Conceptions of Time and Evolution: Their Contexts and Their Consequences for Theory”, *International Sociology*, N° 6 (1991), pp. 411-426.

38 Ricoeur, 1995, *op. cit.*, pp. 79-80. Véase también el trabajo de Thomas Luckmann, “The Construction of Human Life in Time”, en John Bender and David Wellbery (editores), *Chronotypes: The Construction of Time* (Stanford: Stanford University Press, 1991), pp. 151-166.

DE LA REVOLUCIÓN A LA DEMOCRACIA

En un plazo relativamente corto y denso, entre los años setenta y ochenta, asistimos a una verdadera desaparición de los referentes y de los mapas cognitivos de lo político. Esperas denegadas y promesas no cumplidas –la revolución que no llegó– constituyen por lo tanto lo esencial de la intriga en la trayectoria de un país en que el pasado apareció retrospectivamente “como poblado de proyectos entre los cuales muchos quedaron sin cumplir, haciendo así de la historia el gran cementerio de las promesas no cumplidas”³⁹.

Esta recomposición de los mapas cognitivos, por cierto, no es particular a Chile⁴⁰. Abarca todo el continente. La mera lectura del ensayo del venezolano Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, permite medir los cambios ocurridos. Publicado hace casi 20 años, este libro denunciaba los mitos revolucionarios y las ilusiones líricas de todo el continente. Con la difusión del marxismo y de todas sus variantes, América Latina, “hija del Buen Salvaje, esposa del Buen Revolucionario”, se había transformado entonces en la “madre predestinada del Hombre Nuevo”⁴¹, un lugar donde las utopías, de ahora en adelante inaccesibles para el Occidente, seguían siendo posibles, bajo la forma de una edad de oro pasada o por venir. En la época de la publicación del libro, la revolución y el Estado eran los conceptos ineludibles del paisaje ideológico y cualquier buen latinoamericano vivo era un Buen Revolucionario, en pensamiento, en actos o en discurso. De eso resultaba que el reformismo y cualquier metodología política gradualista estaban ampliamente desacreditados. Numerosos intelectuales y políticos concebían el cambio en función solamente de este horizonte revolucionario.

A principios de los años setenta, la revolución es la palabra maestra en los discursos políticos, la consigna susceptible de poner en movimiento el cambio tan esperado y anunciado. Tiempo nuevo, inminencia o aceleración de la revolución, estos tres temas contribuyen al despliegue de un horizonte de espera revolucionario y a una configuración de los debates y de las políticas tendidas hacia el futuro. La situación latinoamericana se interpreta en ese momento como una situación prerrevolucionaria, que exige un nuevo impulso así como una aceleración del ritmo de la transformación social, económica y política.

En este contexto, el presente se percibe sólo como el tiempo de la transición, sin otro significado que construir un puente entre las tinieblas del pasado y las luces del futuro.

Creímos –comenta el líder demócratacristiano chileno Andrés Zaldívar– que lo imposible era posible. Creímos que se podía pasar por encima del presente. De esto resultaron las situaciones de crisis y las inclinaciones extremistas que se desarrollaron en los años sesenta y setenta. Lo queríamos todo, valores, igualdad y libertad, hoy y ahora. Confundimos perfec-

39 Paul Ricoeur, “Le pardon peut-il guérir?”, *Esprit*, marzo-abril de 1995, p. 80.

40 Para un análisis centrado en las pocas figuras de importancia de los cambios que intervinieron estos últimos años en el continente, véase el libro de Jorge Domínguez, *Technopols. Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990's* (University Park: The Pennsylvania State University Press, 1997). También se puede consultar la excelente síntesis de la evolución intelectual del continente del cientista político Norbert Lechner, “De la Révolution à la Démocratie: Le débat intellectuel en Amérique du Sud”, *Esprit*, N° 116 (julio de 1986), pp. 1-13. Véase también el artículo de Daniel Pécaut, “La cuestión de la democracia”, *Revista Mexicana de Sociología*, N° 3 (julio-septiembre de 1989), pp. 135-147.

41 Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario* (Caracas: Monte Avila Editores, 1982), p. 31.

ción y perfectibilidad. El presente existe solamente en la medida que abre el tiempo nuevo, el porvenir revolucionario⁴².

Por otro lado, es importante subrayar que uno de los rasgos específicos de la terminología política es que ésta contiene numerosos conceptos, los que, tomados al pie de la letra, actúan como anticipaciones. La revolución significa la inminencia de los cambios y manifiesta la apertura de un nuevo horizonte de espera⁴³. En este sentido, la revolución no requiere ningún movimiento circular, no implica de ninguna manera la idea de regreso o de rotación, sino que entra de manera invariable en el marco de un proceso lineal que conduce a un porvenir en el que las contradicciones y los conflictos serán resueltos, un porvenir en que radica no la perfectibilidad, sino la perfección.

La concepción dominante de la revolución, en América Latina y en Chile en particular, se enmarca en la idea que ha sido dominante en Occidente después de 1789, momento tras el cual la noción de revolución se transforma en una perspectiva abierta sobre el futuro y que aspira a instaurar una ruptura o un desfase con el presente y el pasado. "La Revolución –subraya Kosselleck– se transforma en ese momento en un concepto de perspectiva que pertenece a la filosofía de la historia, indicando una dirección irresistible. Tras ese momento, podemos debatir acerca de un 'antes' y de un 'después', de una disminución de la velocidad o de una aceleración. Sin embargo, la dirección que sigue el movimiento aún es determinada"⁴⁴. En términos temporales, la revolución se concibe como permanente y –de tal forma que mantiene una dimensión circular– recurrente. Sin embargo, al igual que en Chile, el movimiento está fundamentalmente orientado hacia el futuro: se trata siempre de salir adelante, de ir siempre hacia mañana.

VUELTAS Y REVUELTAS DE LA HISTORIA:

LA EXPERIENCIA CHILENA

En los discursos políticos e intelectuales de los años 70, la revolución es la palabra grande de la política. En el contexto latinoamericano, la reverberación castrista acentuará la centralidad de esta noción (en los discursos políticos).

Sin embargo, desde el punto de vista temporal, el concepto no está exento de ambigüedades. Toda revolución postula un futuro que es ruptura y a la vez regreso⁴⁵. En la fiesta de la diosa Razón, los jacobinos festejaban a la vez la destrucción de un presente con vistas a un futuro y la

42 Entrevista con Andrés Zaldivar, líder histórico de la DC chilena, 30 de marzo de 1994, Santiago de Chile, oficinas parlamentarias.

43 Acerca de la historia conceptual de este término y acerca de las diversas y sucesivas acepciones, principalmente en Europa o en Francia en particular, disponemos ahora de un estudio muy completo. Véase en este sentido el ensayo de Alain Rey, *Révolution, histoire d'un mot* (Paris: Gallimard, 1989). Sobre todo se puede consultar el ensayo que Reinhart Kosselleck dedicó a la fraseología de la revolución, cuyos significados se han multiplicado sin cesar y se han alterado a partir de la Revolución Francesa. Véase Reinhart Kosselleck, "Critères historiques du concept de 'révolution' des Temps Modernes", en Kosselleck, *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques* (Paris: Ediciones de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1990), pp. 63-80.

44 Kosselleck, 1990, *op. cit.*, p. 71.

45 Sobre el concepto de revolución, se puede consultar John Dunn, "Revolution", en Ball, Farr y Hansen (editores), *Political Innovation and Conceptual Change* (Cambridge University Press, 1989), pp. 333-356.

llegada inminente de una edad de oro no posterior, sino anterior a la historia, en otras palabras, la sociedad natural de Rousseau. En este sentido, el futuro revolucionario puede aparecer como una de las manifestaciones privilegiadas del tiempo cíclico: anuncia la vuelta de un pasado. La acción revolucionaria es por excelencia encantamiento, para romper con el presente inmediato y para construir un nuevo orden. Sin embargo, la revolución también es una restauración: la de un pasado inmemorial del origen de los tiempos⁴⁶. Por lo tanto, revolución significa, a la vez, *vuelta y revuelta**, tanto en el sentido original de la palabra –revolución de los astros y de los otros cuerpos– como en el sentido de nuestra visión de la historia. El futuro que propone el orden revolucionario es una promesa, el cumplimiento de algo pasado que se encamina desde el futuro.

En Chile, estas revueltas de los tiempos y las polarizaciones ideológicas han sido particularmente marcadas. En los años sesenta, a la economía del país se la advierte débil y las políticas ortodoxas implementadas bajo la presidencia de Alessandri (1958-1964) se perciben como fracasos. La politización y la radicalización de amplios sectores de la sociedad se aceleran, socavando poco a poco la cultura del compromiso de un país arraigado en un impresionante pasado democrático⁴⁷. Muy rápidamente, un nuevo partido, el Partido Demócrata Cristiano, más reformista que el antiguo Partido Radical⁴⁸, se instala en el centro del espectro político. Los

46 Por otro lado, cabe subrayar que los grandes frescos de los muralistas mexicanos, como Rivera, invocan un futuro mejor y, a la vez, cierta nostalgia por el período idealizado del imperio azteca y de las ciudades precolombinas. Sobre la revolución mexicana y el muralismo, véase Octavio Paz, *Le signe et le grimoire. Essais sur l'art mexicain* (Paris: Gallimard, 1995).

* En castellano en el original en francés. (N. del T.)

47 Entre 1830 y 1973, Chile tuvo solamente trece meses de regimenes militares, uno después de la guerra civil de 1891 y el segundo durante los años particularmente agitados que van de 1924 a 1931. Para un debate sobre los orígenes y la evolución de la democracia chilena, véase Arturo Valenzuela, "Chile, Origins, Consolidation and Breakdown of a Democratic Regime", en Larry Diamond, Juan Linz y Seymour Martin Lipset (editores), *Democracy in Developing Countries*, Vol. 4, *Latin America* (Boulder, Colorado: Lynne Rienner, 1989), pp. 159-206. Para un resumen histórico de la evolución política chilena, se puede igualmente consultar el libro de Simon Collier y William Sater, *A History of Chile* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

48 Para un estudio más documentado acerca de esta transformación del centro de la vida política chilena, véase Timothy Scully, *Rethinking The Center, Party Politics in Nineteenth and Twentieth Century Chile* (Stanford, California: Stanford University Press, 1992). En este libro, Scully lleva a cabo un análisis en términos de coyunturas críticas que distingue históricamente tres partidos ejes ubicados en el centro del espectro político: los liberales a partir de la segunda mitad del siglo pasado, los radicales en los veinte primeros años del siglo veinte y los demócratacristianos a partir de los años sesenta. Alrededor de estos partidos se organizaron las principales líneas divisorias políticas que contribuyeron a institucionalizar el sistema de los partidos chilenos: la línea divisoria clericales-anticlericales en el siglo pasado, que se transformará en 1857-1861 en la línea dominante; luego la línea divisoria de los conflictos de clases que pasan por una coyuntura crítica entre 1920 y 1932, y por último la línea de una movilización social acrecentada, cuya coyuntura crítica tendrá lugar entre 1952 y 1958. Añadimos que la existencia de partidos conservadores relativamente estructurados en el centro del espectro político constituye sin duda uno de los elementos longevos de la democracia chilena y de las democracias latinoamericanas, como lo subrayó Edward Gibson en sus trabajos. Todos los países latinoamericanos que han tenido una larga tradición democrática se han beneficiado, a partir del advenimiento de lo que Gibson llama la política de masa, de una longevidad superior a la de los países carentes de partidos conservadores relativamente estructurados. Las situaciones chilena (45 años de régimen democrático desde el advenimiento de la "política de masa"), colombiana (45 años), costarricense (48) y uruguaya (67) contrastan por lo tanto con las situaciones de los otros países latinoamericanos. Véase Edward Gibson, *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1996); y Edward Gibson, "Conservative Party Politics in Latin America: Patterns of Electoral Mobilization in the 80's and 90's", en Jorge Domínguez y Abraham Lowenthal (editores), *Constructing Democratic Governance. Latin America and the Caribbean in the 1990's* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1996, pp. 26-41.

democratacristianos llegaron al poder en 1964, bajo la presidencia de Frei⁴⁹, y defendieron una tercera vía entre capitalismo y marxismo. Fomentaron el activismo de los trabajadores, mientras desde la izquierda, los socialistas, alentados por la revolución cubana, radicalizaban también sus ofertas políticas. Para amplios sectores políticos e intelectuales, la revolución se impone como la única estrategia posible, capaz de invertir el “desarrollo del subdesarrollo” y de zanjar las situaciones de dependencia. Avalada por la teoría social, irradiando el optimismo de la experiencia cubana, la revolución se vuelve entonces la respuesta a la trama latinoamericana, y chilena en particular.

La carrera por la elección presidencial de 1970 acelera más aún la escalada ideológica, cuya consecuencia, entre otras, será la escisión de la Democracia Cristiana, la del MAPU en 1969 y más tarde la de la Izquierda Cristiana en 1971. A la izquierda, el revolucionarismo* de la coalición dirigida por Allende acentúa más todavía las tensiones, mientras la derecha se aleja a grandes pasos de los democratacristianos, contrariada por las políticas de Frei, particularmente por lo que pasaba en materia de expropiaciones y de redistribución de las tierras.

Cuando Allende llega al poder en 1970, con apenas el 36% de los votos, Chile parecía un país encaminado hacia una confrontación, una “nación de enemigos” de facto, con modelos para armar por ambos lados del espectro político. También es un país atravesado por el sentimiento de vivir una epopeya, un gran momento de la historia: al igual que Allende, “apóstol y profeta de la vía democrática” hacia el socialismo, la izquierda chilena profesa una admiración profunda por Fidel Castro y por los “jóvenes rebeldes románticos” del MIR⁵⁰. A pesar de la ausencia de un apoyo consecuente de parte del Congreso, el gobierno de Allende, arrebatado por su impulso reformador, hace gala de ambiciosos anhelos, principalmente en materia de nacionalizaciones de minas de cobre, de bancos y de industrias fabriles.

Predomina el sentimiento de urgencia y de euforia:

Vivíamos –recuerda Ricardo Núñez– instantes excepcionales. Teníamos la sensación de ser la generación que iba a construir una nación nueva⁵¹.

La gente –cuenta el escritor Marco Antonio de la Parra– pensaba que el paraíso estaba en la esquina. Había una explosión pasional, nos emborrachábamos literalmente con ideas y debates. Pensábamos todos que estábamos en la Sorbona y que encontraríamos al Che Guevara en el café de al frente. Pero había también ese sentimiento de temporada violenta. Sufríamos el impacto calamitoso del tiempo utópico⁵².

49 Durante las elecciones de 1964, el miedo a los comunistas incitó a Estados Unidos a apoyar masivamente al candidato Frei. Se calculó que el apoyo entregado por la CIA fue dos veces superior a los montos gastados ese mismo año en Estados Unidos (por número de votantes) por los candidatos Goldwater y Johnson durante sus campañas. Las cifras de esta comparación están en Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978), p. 118.

* En el texto en francés se usa el término *révolutionnarisme*, que también es un neologismo. (N. del T.)

50 Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies. Chile Under Pinochet* (New York: Norton and Company, 1991), p. 24.

51 Entrevista con Ricardo Núñez, líder de la renovación socialista chilena y ex Presidente del Senado, Santiago de Chile, 25 de septiembre de 1995, Presidencia del Senado.

52 Citado en Constable y Valenzuela, 1991, *op. cit.*, p. 25.

La postura de la política como pericia, desacreditada en los años sesenta, ha sido rápidamente sustituida por una idealización extrema de las relaciones económicas y sociales y en particular por una romantización* de las clases obreras.

En menos de un año, la economía chilena se deteriora de manera importante⁵³ a la vez que la agitación social se extiende por todo el país. Mientras tanto, en el plano político, los demócratacristianos restaban su apoyo tácito al gobierno de Allende, obligado desde ese momento a dictar más y más decretos, mientras el gobierno asiste impotente al nacimiento, a su izquierda, de los grupos paramilitares del MIR⁵⁴. Tanto en la derecha como en la izquierda, la urgencia y la arrogancia ideológica les ganaban la mano a los antiguos arreglos amistosos. La dialéctica del conflicto y del consenso, grata a los demócratas chilenos, ya no era más que un recuerdo.

Tanto a la derecha como a la izquierda, la democracia se había vuelto en cierta forma anacrónica, un sistema de gobierno incapaz de proteger los intereses fundamentales de los ciudadanos. La retórica y las posturas intransigentes se multiplicaban. El 22 de agosto de 1973, la Cámara de Diputados repudia con un voto de censura al gobierno y el 9 de septiembre el senador socialista Carlos Altamirano replica en forma virulenta, amenazando a los “enemigos” del gobierno con la implementación por parte de la izquierda chilena de “una fuerza armada que nada ni nadie podrá contener”⁵⁵.

Si el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 representa una ruptura particularmente brutal con la trayectoria chilena, conviene sin embargo poner de relieve una continuidad del punto de vista del estilo político: antes y después de 1973, la visión totalista*, normativa y teológica de lo político se mantiene, puesto que la experiencia pinochetista presenta, en este sentido, un elemento de continuidad con el periodo anterior. La lógica de la tabla rasa y la inspiración fundacional siguen prevaleciendo, tratándose siempre de crear una sociedad nueva, despolitizada y pacificada⁵⁶. Al reformismo utopista de la “revolución en libertad” preconizado por Frei y al revolucionarismo socialista de Allende sucede una revolución liberal, destinada igualmente a “purificar la democracia chilena”⁵⁷. Desde este punto de vista, el periodo ulterior inaugura lo que el historiador Mario Góngora llamó “la época de las planificaciones globales”, época iniciada en 1964 con la “Revolu-

* *Romantisation* es un neologismo en francés (N. del T.).

53 “Los precios —precisa Ernesto Ottone— estaban muy bajos, mientras la inflación, endémica en Chile, conocía alzas récord del 300% por año”. Entrevista con Ernesto Ottone, economista de la CEPAL y ex miembro del PC chileno, Santiago de Chile, 23 de marzo de 1995, CEPAL. Sobre la evolución económica chilena durante el gobierno de la Unidad Popular, véase Stefan de Vylder, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular* (Cambridge: Cambridge University Press, 1976), así como el libro del economista y Ministro de Minas de la Unidad Popular, Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia: La experiencia chilena* (México: Siglo XXI, 1979).

54 “Durante cierto tiempo, el MIR se benefició del apoyo paternalista de Allende (su sobrino Andrés Pascal fue uno de los fundadores del movimiento). Sin embargo, muy rápidamente, el MIR entró en una estrategia maximalista y militar, llamando a la insurrección contra el gobierno de Allende, acusado de traición”, entrevista con Carlos Ominami, el 31 de marzo de 1994, Santiago de Chile, oficinas parlamentarias.

55 Este discurso, que las Fuerzas Armadas interpretaron como una verdadera provocación y como un llamado a la insurrección, está reproducido en Patricia Politzer, *Altamirano* (Buenos Aires: Grupo Editorial Zeta, 1989), pp. 189-194.

* *Totaliste* es un neologismo en francés. (N. del T.)

56 Sobre el carácter “fundacional” del régimen militar, desde un punto de vista crítico, véase Manuel Antonio Garretón, *El Proceso político chileno* (Santiago: FLACSO, 1983).

57 Citado por Constable y Valenzuela, *op. cit.*, p. 39.

ción en libertad” y la ideología “colectivista” del gobierno de Frei, y en la que “el espíritu del tiempo en el mundo entero tiende a proponer utopías (es decir planificaciones) y a moldear el futuro a su imagen”⁵⁸.

Después de 1973, se inicia una reestructuración general de la economía, de la sociedad y del poder del Estado, es decir una revolución desde arriba. Su *Declaración de Principios* condena explícitamente el marxismo y el estatismo en general, y afirma “un nacionalismo cristiano”. Inspirado en el tradicionalismo español, y de manera más general en las concepciones tomistas, el fin supremo del gobierno de Pinochet seguirá siendo el Estado, fin fundamentado en el bien común, entendido como la suma de los intereses particulares. Con la emergencia de un nuevo grupo neoliberal, se perfila una revolución paradójica: desde arriba y antiestatista; en una nación construida por el Estado, una revolución liberal liderada por los militares. “La política alterna opciones marxistas y opciones liberales, opciones que comparten en definitiva esta convergencia de los extremos, puesto que ambas proceden de una misma matriz, el pensamiento revolucionario del siglo XVIII y los principios del siglo XIX”⁵⁹. Así, como lo subrayará más tarde Carlos Ominami, quien fue Ministro de Economía de Aylwin, “la transición democrática chilena puso término no sólo a la experiencia del régimen autoritario, sino que también a varios decenios de experimentos políticos y sociales cuyo resultado fue la polarización extrema de la sociedad”⁶⁰.

Con el golpe de Estado también se inicia una profunda reflexión sobre la democracia. “Si la revolución –escribe Lechner– es un eje alrededor del que se articula el debate intelectual en América Latina en los años sesenta, la democracia es el tema central de los 80”⁶¹. Esta reflexión abarca al conjunto de las fuerzas políticas de la oposición pinochetista así como a la mayoría de los países del continente. El golpe político de 1973 está puesto en perspectiva a partir de las experiencias autoritarias anteriores, es decir los golpes de Estado de 1964 en Brasil y de 1968 en Perú, y de los que seguirán en 1973 en Uruguay y en 1976 en Argentina. “El nuevo autoritarismo –añade Lechner– se constituye por lo tanto como una experiencia compartida: experiencia de una violencia sistemática, y experiencia de un orden, *un programa*, autoritario”.

Varios momentos periodizan este acontecer en la agenda política e intelectual del subcontinente⁶². A escala regional, el primer momento más destacado es sin ninguna duda el que empieza con la conferencia organizada por el Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales (CLACSO) en 1978 en Costa Rica: “fue el lugar –nota Lechner– en que se vieron la última intervención de Gino Germani y la primera aparición de Raúl Alfonsín en el escenario internacional”. Tras ese momen-

58 Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Editorial Universitaria, 1986), p. 270.

59 Góngora, 1986, *op. cit.*, p. 270.

60 Entrevista con Carlos Ominami, fundador y parlamentario del PPD, ex Ministro de Economía del Gobierno de Aylwin, el 31 de marzo de 1994, Santiago, oficinas parlamentarias.

61 Norbert Lechner, “De la Révolution a la démocratie: Le débat intellectuel en Amérique du Sud”, *Esprit*, N° 116 (julio de 1986), p. 2.

62 Desde el principio de los años setenta, existen importantes trabajos sobre el problema de la democracia, tales como los de O'Donnell o de Cardoso, quienes tendrán trayectorias intelectuales particularmente significativas para nuestro estudio. Véase Guillermo O'Donnell, “El Estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia”, *Documentos CEDES*, N° 10 (Buenos Aires: 1978); y Fernando Henrique Cardoso, “A questão da democracia”, en Cardoso, *Autoritarismo e democratização* (Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1975), capítulo VII.

to, los procesos tanto de caídas como de emergencias democráticas van a captar toda la atención de los especialistas. Se empieza a enfatizar de manera más particular no los “obstáculos estructurales” sino que las posibilidades que pueden llevar a la instauración de instituciones democráticas.

LA REVALORIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA POR LA IZQUIERDA CHILENA

Es sobre todo la trayectoria de la izquierda chilena la que muestra de mejor manera la profunda y amplia reconsideración del concepto y de la realidad democráticas. De cierta forma, se puede hablar en este país de una vuelta a Schumpeter. La renovación socialista chilena es en primera instancia un ejercicio de crítica y de autocrítica de las concepciones formalistas e idealistas de la democracia. Numerosos autores insisten más en la idea schumpeteriana respecto a que la democracia no puede ser un ideal supremo. Es decir que la democracia es un método político, “un cierto tipo de organización institucional que tiende a desembocar en decisiones políticas”, “un método de mando competitivo” que permite “dar a luz”⁶³ y también revocar un gobierno⁶⁴.

De Brunner a Moulian, de Garretón a Flisfisch, numerosos intelectuales de FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) han contribuido activa y profundamente a esta reevaluación democrática, como lo demuestran los numerosos debates y documentos de trabajo dedicados a la reflexión democrática⁶⁵. En el plano intelectual, como lo subraya Moulian y lo confirman otros autores⁶⁶:

Hasta fines de los años ochenta, Gramsci será la referencia predominante. Es decir hasta el momento en que la renovación socialista deja de efectuarse estrictamente dentro de marcos marxistas. Más tarde, otras referencias se perfilarán, principalmente la de Bobbio. La difusión y la influencia de Bobbio será por lo tanto posterior. Aparece bastante después, en los años noventa, mientras los intentos de recodificar los vínculos entre socialismo y democracia ya eran muy avanzados. Es solamente cuando la dimensión procesal de la democracia se reintegra ampliamente que la influencia de Bobbio se inicia en Chile.

63 Joseph Schumpeter, *Capitalisme, socialisme et démocratie* (Paris: Payot, 1984), pp. 319 y sig.

64 Este aspecto del proceso de revocación de los gobernantes ha permanecido muchas veces silenciado, centrándose los análisis esencialmente en el aspecto democrático de las elecciones. Esto es, sin embargo, sólo una dimensión de aquello que en la democracia permite operar una selección río arriba de los gobernantes. Permite también —y quizá sobre todo, añade Popper— operar una sanción río abajo, con la facultad de despedir a los gobernantes ineficientes. En este sentido, según Popper, no es tan relevante determinar quién debe gobernar —pregunta que abre innumerables debates— sino que, y sobre todo, darse los medios de interrumpir las experiencias arriesgadas de “malos gobernantes”.

65 Entre los trabajos más destacados, véanse los de Angel Flisfisch, “Estatismo, economía y democracia en la crisis actual del socialismo”, *Documento de Trabajo* N° 458, FLACSO (agosto de 1990); José Joaquín Brunner, “¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?”, *Documento de Trabajo* N° 303, FLACSO (julio de 1986); Angel Flisfisch, Norbert Lechner y Tomás Moulian, “Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina”, *Documento de Trabajo* N° 240, FLACSO (abril de 1985); y José Joaquín Brunner, “Cultura y política en la lucha por la democratización”, *Documento de Trabajo* N° 206, FLACSO (mayo de 1984).

66 “En 1972 se publica en español el primer libro de Gramsci. A partir de 1974, llevo a cabo mi primera verdadera lectura. Gramsci nos ayudó a salir del marxismo. En mi caso, también me invitó a leer más a Arendt. Otros dos autores son importantes en la difusión de una lectura más crítica del marxismo: Aricó y Paramio”. Conversación con Norbert Lechner, Berlín, 23 de agosto de 1994, durante el Congreso Mundial de IPSA (International Political Service Association).

A continuación, la gran influencia será la de las teorías de la transición que ejercerán una influencia política creciente, trátase del libro de Collier o del de O'Donnell que analizan los regímenes autoritarios y sobre todo afirman la posibilidad de un cambio apenas emergen coaliciones liberadoras. Sociólogos como Garretón por ejemplo permanecerán particularmente influenciados por estos enfoques⁶⁷.

A los debates intelectuales propiamente dichos se suman las experiencias concretas de los actores y observadores políticos. Para los socialistas, el golpe de Estado fue una experiencia traumática:

La mayoría de las personas del MIR que conocía desaparecieron –recuerda Carlos Ominami, ex ministro de Aylwin, hoy parlamentario PPD–. He desarrollado una visión de superviviente, una conciencia aguda de la responsabilidad política, de los errores que cometimos al optar por los principios⁶⁸.

Uno de los factores que explican la revalorización de la democracia y del mercado se relaciona con el desafío mismo que representa el régimen militar. Su violencia represiva y luego el éxito de sus reformas liberales y su perennidad política socavan los postulados teóricos de los socialistas chilenos tanto en lo que se refiere a la democracia formal como al mercado capitalista.

La derrota de la Unidad Popular –afirma Ominami– nos llevó a constatar que era imposible conducir una política económica autárquica y proteccionista. La experiencia militar puso en evidencia que el crecimiento económico era factible solamente al abrirse a los mercados internacionales. Para nosotros, uno de los cambios fue constatar que el mercado no es más reaccionario que el Estado [...]. En cierto sentido, el mercado trae consigo cierta impersonalidad mucho más deseable que la administración económica del Estado⁶⁹.

Más allá de las influencias teóricas, son más bien las influencias prácticas e históricas las preponderantes. La trayectoria misma de la transición chilena afecta profundamente el destino y la trayectoria del socialismo renovado chileno, es decir, en definitiva, la victoria estratégica de Pinochet.

Nuestra transición –opina en este sentido Moulian– quizá es la peor de todas porque todas las opciones de los movimientos democráticos entre 1980 y 1986 han sido puestas en jaque y abandonadas, desde las más radicales a las más moderadas. Pinochet impone su lógica institucional, en la que la única política posible es una política minimalista. Esta trayectoria

67 Entrevista con Tomás Moulian, cercano al PS chileno, el 20 de septiembre de 1995, Santiago de Chile, Universidad Arcis.

68 Entrevista con Carlos Ominami, *op. cit.*

69 *Ibidem.*

específica de la transición chilena, el hecho que las esperanzas de 1983 hayan sido absolutamente frustradas en 1987, sean las de los comunistas o las de los moderados de la Alianza democrática, es antes que todo la trayectoria que favorecerá la renovación socialista.⁷⁰

Conviene también subrayar la importancia de los factores externos en esta evolución y particularmente las experiencias del exilio⁷¹.

Viví en México, a partir de 1981 –subraya Insulza– tras siete años pasados en Roma. Estos siete años romanos los dediqué esencialmente a la política del exilio: han sido esenciales en mi formación y en mi evolución política⁷².

Como lo subraya José Aricó, la evolución y el desmoronamiento del socialismo real en los países del Este han sido elementos fundamentales de la renovación de las izquierdas latinoamericanas, y en particular de las izquierdas chilenas, mientras Europa del Este pone, de cierta forma, un espejo gigante frente al continente latinoamericano⁷³. Al igual que numerosos actores y observadores de lo político en Europa del Este, los socialistas chilenos comparten hoy “más humildad y menos ilusiones”⁷⁴.

De hecho, numerosos dirigentes socialistas estuvieron exiliados tanto en países de Europa oriental como en Europa occidental⁷⁵, al igual que Ominami en Francia o Arrate en Holanda⁷⁶. Por lo tanto, en Chile, las experiencias del eurocomunismo⁷⁷ y la llegada del socialismo renovado al poder en Francia,

70 Entrevista con Tomás Moulian, *op. cit.*

71 Para un estudio detallado, véase también Alan Angell y Susan Carstairs, “The Exile Question in Chilean Politics”, *Third World Quarterly*, Vol. 9, Nº 1 (1987), pp. 148-167; y Alan Angell, “International Support for The Chilean Opposition, 1973-1989: Political Parties and The Role of Exiles”, en Laurence Whitehead (editor), *The International Dimension of Democratization. Europe and The Americas* (Oxford: Oxford University Press, 1996), pp. 175-200.

72 Entrevista con José Miguel Insulza, Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno Frei, 16 de marzo de 1995, París, Embajada de Chile en Francia.

73 José Aricó, “1917 y América Latina”, *Pretextos*, Nº 2 (febrero de 1991; Lima), pp. 42-54. Sobre la importancia de la caída del muro de Berlín en 1989 y de la perestroika en la evolución de las izquierdas latinoamericanas, consúltese el libro de Barry Carr y Steve Ellner (editores), *The Latin American Left: From Allende to Perestroika* (Boulder, Co.: Westview, 1993).

74 “More Humility, Fewer Illusions: A Talk Between Adam Michnik and Jürgen Habermas”, *New York Review of Books*, 51, Nº 6 (24 de marzo de 1994), pp. 24-29.

75 Acerca de la experiencia del exilio chileno, véase Diana Kay, *Chileans in Exile: Private Struggles, Public Lives* (N. H. Wolfeboro: Longwood Academic, 1987).

76 Arrate reunió sus memorias y ensayos de exilio en un libro. Véase Jorge Arrate, *Exilio: Textos de denuncia y esperanza* (Santiago: Documenta, 1987). Más allá de los socialistas, otros dirigentes chilenos, en especial demócratacristianos, conocerán el exilio en España, como Andrés Zaldívar. Véase Andrés Zaldívar, *Exilio en Madrid* (Madrid: Fundación CIPIE, 1982). Por otro lado, Zaldívar estará en el origen de la Fundación de la Cooperación Hispano-Chilena. Entrevista con Andrés Zaldívar, 30 de marzo de 1994, Santiago de Chile, oficinas parlamentarias. Entrevista con Rafael Sabat, responsable administrativo del CIPIE, 29 de marzo de 1994, Santiago de Chile, CIPIE.

77 Subrayamos que el interés de los chilenos por el eurocomunismo suscitará un interés recíproco de parte de Berlinguer en lo que se refiere al proceso chileno. Véase Enrico Berlinguer, “Reflections After Events in Chile”, *Italian Communists*, Nº 5-6 (septiembre-diciembre de 1973).

en España⁷⁸, en Portugal y en Grecia en los años ochenta, y también la vida política de las democracias sociales nórdicas, serán otros factores decisivos que contribuirán a la renovación socialista, al contrario de México, país donde el eurocomunismo, por ejemplo, tendrá sólo un impacto positivo mínimo⁷⁹.

En Chile, Berlinguer y el eurocomunismo influirán en la renovación socialista⁸⁰, con el aporte de Gramsci:

En mi caso –nota Moulian– se trata de una autocrítica desde el marxismo, muy inspirado por el eurocomunismo como producto político, lo que me llevó a iniciar el diálogo con la filosofía política italiana, y en particular con Gramsci. Si examinamos las referencias a Gramsci, una de las primeras que aparece en Chile será la que mencioné en un artículo de los cuadernos del CEREN en 1972, tratando los problemas de la transición hacia el socialismo en Chile. Mi lectura de Gramsci era entonces extremadamente insuficiente y es solamente después, vía Argentina –donde, como lo mostró Aricó, la influencia del pensador italiano es mucho más precoz–, que profundizaría mi lectura de Gramsci. En Chile, se descubre a Gramsci verdaderamente sólo tras el golpe. Antes, existía una brutal hegemonía de un marxismo-leninismo muy ortodoxo y reductor⁸¹.

Fundado en 1933, después del PC chileno (1922), el PSCh nace fuertemente influido por las experiencias populistas latinoamericanas, el cardenismo en México, el aprismo peruano y Haya de la Torre⁸². En su declaración de principios de 1933, el PSCh afirmará categóricamente que una transformación gradual por la vía de la democracia no es viable. Los socialistas mostrarán algunas reticencias para participar en la coalición gubernamental del Frente Popular bajo la Presidencia de Aguirre Cerda (1938-1941). Varios socialistas, entre ellos Salvador Allende, Ministro de Salud, u Oscar Schnake, Ministro para el Desarrollo, integrarán sin embargo el gobierno: la defensa de la democracia, aunque formal, pudo más que cualquier otra consideración ideológica, al tener en cuenta la “amenaza fascista”⁸³. En 1943, los socialistas, al oponerse a la deriva “derechista” del gobierno, se salen de la coalición. A continuación, como lo señala Walker, el partido

78 Acerca de la renovación de los socialistas españoles, se puede consultar el ensayo de Donald Share, “Two Transitions: Democracy and The Evolution of The Spanish Left”, *West European Politics* (enero de 1985), pp. 84-99. Acerca de la influencia de esta renovación sobre la izquierda latinoamericana y chilena en particular, véase también el trabajo de Manuel Alcatara Sáez, “Spanish Social Democracy and Latin America”, en Menno Vellinga (editor), *Social Democracy in Latin America. Prospects for Change* (Boulder: Westview Press, 1993), pp. 103-121.

79 Véase Barry Carr, *Mexican Communism, 1968-1983: Eurocommunism in The Americas?* (La Jolla, Cal.: University of California Press, 1985).

80 Entrevistas con Norbert Lechner y Tomás Moulian, *op. cit.* Entrevista con Ignacio Walker, Santiago de Chile, 28 de marzo de 1995, en sus oficinas. Para profundizar este punto, se pueden consultar los trabajos de Walker. Este autor, en particular, dedicó su tesis al impacto de la renovación socialista sobre el socialismo chileno. Véase Ignacio Walker, *Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada* (Santiago: CIEPLAN/Hachette, 1990). Véase también, acerca de la influencia del eurocomunismo de manera más precisa, el ensayo de José Miguel Insulza, “Eurocomunismo y socialismo en Chile”, *Foro Internacional*, Vol. 21, N° 3 (enero-marzo de 1981), pp. 289-303.

81 Entrevista con Moulian, *op. cit.*

82 Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952* (Urbana: University of Illinois Press, 1978), pp. 70 y sig.

83 Sobre el marco de referencias políticas de los socialistas durante este periodo, véase Miriam Hochwald, “Imagery in Politics: A Study of the Ideology of the Chilean Socialist Party”, UCLA, Ph. D. Thesis, University Microfilms International, Michigan, 1981, pp. 178 y sig.

evolucionará hacia una “leninización” progresiva, al adoptar una actitud cada vez más crítica acerca del periodo del Frente Popular y de las instituciones de la democracia representativa en general⁸⁴. Con la creciente influencia de la revolución cubana, se acentuará esta tendencia y las posiciones políticas se radicalizarán durante los años setenta, cuando el guevarismo y el castrismo eran las referencias preponderantes del partido⁸⁵.

Sin embargo, permanecen las contradicciones entre una retórica resueltamente revolucionaria y prácticas resueltamente “reformistas”, puesto que el PSCh participa en las elecciones municipales de 1963 y en las elecciones presidenciales de 1965⁸⁶. Estas contradicciones provocarán escisiones importantes, siendo la más significativa la del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) en 1965. Numerosos jóvenes del partido fustigan la deriva oportunista y la participación electoral del PSCh. A continuación, con la emergencia de la DC, se acentuará el proceso de radicalización del socialismo chileno; el desafío, antes que nada, es diferenciarse políticamente de los programas y proyectos en competencia en ese momento.

En el ámbito interno también, el PSCh presenta solamente una unidad relativa, ya que las opciones políticas son muy variadas. Desde este punto de vista, la posición de Allende, no obstante ser candidato presidencial en 1970, es claramente frágil: será designado sólo por una estrecha mayoría de los votos del Comité Central⁸⁷. Cuando asuma la presidencia durante la Unidad Popular, estas discrepancias internas seguirán fragilizando su autoridad y su búsqueda de “una vía socialista chilena” que concilie “democracia, pluralismo y libertad”. Sus concepciones políticas y sus discursos continuarán siendo fuertemente impugnados en el seno de su propio gobierno, así como por una fracción de la izquierda chilena que opta por tomar las armas y que defiende la tesis de la vía insurreccional⁸⁸.

Como consecuencia del golpe de Estado, los diversos componentes del socialismo y de la izquierda chilena iniciaron una crítica, y algunas veces una profunda autocrítica, de su trayectoria política. Algunos asumen la responsabilidad de la derrota, otros la discuten, caracterizando retrospectivamente los conflictos de entonces como ineludibles.

En 1978, me fui del MIR, antes que Martner y otros –recuerda Ominami–. Para mí, la derrota de 1973 y el diagnóstico del MIR, según el cual esta derrota consagraba el fracaso de la

84 Véase Ignacio Walker, “Democracia, populismo, leninismo: El Partido Socialista de Chile (1933-1973)”, en Walker, 1990, *op. cit.*, pp. 178 y sig.

85 Véase Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende* (Ithaca: Cornell University Press, 1985).

86 Para una puesta en perspectiva histórica de este “dilema democrático” del socialismo chileno, véase Alejandro Rojas, “The Problem of Democracy and Socialism and the Chilean Political Process from the 1880’s”, Tesis de Ph. D., York University, Canadá (1984).

87 En total, 13 participantes se abstendrán y 12 votarán a su favor. Véase Genaro Arriagada, *De la vía chilena a la vía insurreccional* (Santiago: Editorial Pacífico, 1974), pp. 67 y sig. Es la estructura regional del PSCh la que confirmará la candidatura de Allende. Este ganará en 31 de las 34 “regiones”. A partir de la entrevista con Ricardo Núñez, ex Secretario General del PS chileno y líder de la renovación socialista chilena, Santiago de Chile, 25 de septiembre de 1995, Presidencia del Senado.

88 Entrevista con Ernesto Ottone, *op. cit.* Durante los años 1970-1973, los distintos congresos socialistas, en particular los de La Serena, de Linares y de Chillán, ilustrarán estas tensiones y las protestas provenientes de los grupos contestatarios, entre los que se encuentran en primera fila los dirigidos por Carlos Altamirano.

tendencia reformista, me apareció cada vez menos fundado. Asimismo, seguir la lucha armada e incitar a los partidarios del MIR a volver a Chile me parecía una opción errónea. Originalmente, el MIR fue una izquierda poco ortodoxa, al adoptar una posición muy crítica frente al stalinismo o al socialismo real. Sin embargo, progresivamente, el partido ha sufrido una involución que reactivó estas posiciones críticas y yo no podía discrepar con estos análisis. El triunfo del sandinismo no podía confirmar la idea de la viabilidad de la lucha armada⁸⁹.

Desde este punto de vista, el golpe de Estado militar constituye también una ruptura fundamental; es uno de los elementos explicativos de la emergencia posterior de un nuevo socialismo democrático entre los políticos e intelectuales socialistas. En 1946, Haya de la Torre subrayaba, a propósito de los socialistas chilenos, que “éstos desprecian la democracia porque no les ha costado nada conquistarla. No conocen la cara de la tiranía”. Cuando se interroga hoy a los líderes socialistas chilenos, todos conceden que la dictadura alteró profundamente su visión de la democracia, volviendo extremadamente valioso su carácter formal⁹⁰. De hecho, nota Angel Flisfisch, “las primeras reflexiones y revalorizaciones de la democracia se entablarán tras la reconsideración de los derechos humanos y, posteriormente, de la dimensión política de la democracia representativa”⁹¹:

La alternativa de entonces –confiesa un ex líder comunista chileno– no era, como pensábamos, fascismo o socialismo, sino que era dictadura militar o democracia política⁹².

Nos equivocamos y la dictadura nos enseñó finalmente a valorar lo que fustigábamos antes como democracia formal⁹³.

Gradualmente, un socialismo renovado surge durante los años setenta y ochenta, bajo el impulso de Carlos Altamirano y de otros líderes socialistas⁹⁴. En 1979, se consuma la división en el seno de PS chileno: un ala autocrítica liderada por Altamirano, que revaloriza particularmente la democracia representativa, y otra ala más ortodoxa, que impugna la vía reformista, liderada por Almeyda.

89 Entrevista con Carlos Ominami, *op. cit.*

90 Entrevistas con Ricardo Núñez, *op. cit.*, Antonio Viera-Gallo, Santiago de Chile, 20 de septiembre de 1995, sede del CESOC, y Ricardo Lagos, *op. cit.*

91 Entrevista con el politólogo Angel Flisfisch, hoy miembro del gobierno Frei, Santiago de Chile, 30 de marzo de 1994, Palacio de la Moneda. Véanse igualmente en este sentido los análisis de Norbert Lechner, “¿Revolución o ruptura pactada?”, en Fundación Pablo Iglesias, *Caminos de la democracia en América Latina* (Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 1985), pp. 295 y sig. Para conocer el punto de vista de un actor político, véase Jorge Arrate, *El socialismo chileno: Rescate y renovación* (Barcelona: Ediciones del Instituto Nuevo Chile, 1983).

92 Entrevista con Ernesto Ottone, *op. cit.* Véase también entre los escritos de Ernesto Ottone, “Democratización y nueva hegemonía en Chile”, en Arrate *et al.*, *Siete ensayos sobre la democracia y socialismo en Chile* (Santiago: Ediciones Documenta, Vector, 1986).

93 Entrevista con el sociólogo Manuel Antonio Garretón, cercano al PS chileno, el 30 de enero de 1995, París, Instituto de Altos Estudios sobre América Latina.

94 Véase Carlos Altamirano, *El pensamiento socialista chileno* (México: Departamento de Difusión y Propaganda, Partido Socialista de Chile, 1978), pp. 7 y sig.

Uno de los factores decisivos en la renovación socialista ha sido, como ya lo hemos señalado, el singular momento histórico del final de los años setenta y principios de los ochenta. Numerosos líderes socialistas chilenos viven entonces el socialismo real, en especial en Berlín oriental, donde se instalará la dirección del Partido Socialista, entre ellos Altamirano. Ricardo Núñez y Erich Schnake se juntarán con él allá. Otros dirigentes y ejecutivos socialistas intermedios residirán también en Polonia y serán testigos de los acontecimientos que sacudieron a ese país entre 1979 y 1981, consagrando la emergencia de Solidaridad⁹⁵. Otros, al igual que algunos miembros provenientes del MIR, como Ominami o Martner, residirán en París. Ellos asistirán a la llegada al poder de un socialismo singular, reformista y democrático:

Mi experiencia –dice Ominami– me parece bastante representativa de numerosas trayectorias dentro de mi generación. Participé en un proceso que se comprobó un fracaso, la Unidad Popular, y eso fue decisivo. Pero además, el exilio europeo alteró profundamente mis concepciones y mis convicciones políticas. Viví en Europa entre 1974 y 1984. En Francia, trabajé como economista con Michel Aglietta, Robert Boyer, y en Nanterre con la escuela de la regulación. También publiqué un libro en la editorial PUF, *Capitalisme fin de siècle*. Políticamente, seguí la evolución de Michel Rocard. Mantuve relaciones con el MIR, pero separándome gradualmente y adoptando posiciones cada vez más críticas. Pude entonces observar la evolución del socialismo europeo, del eurocomunismo, durante este periodo, que también fue formativo⁹⁶.

Inspirados por las experiencias europeas, tanto la francesa como la española, la portuguesa, la griega, como también por las experiencias de los países socialdemócratas de la Europa nórdica, estos dirigentes exiliados crearán la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena (Aser-Chile) y participarán activamente del proceso de renovación dentro de la Convergencia Socialista. Por último, otros crearán en Holanda, con Jorge Arrate, el Instituto para el Nuevo Chile, que se impondrá como uno de los principales focos de renovación del socialismo chileno. En Europa meridional, dirigentes chilenos trabarán lazos importantes con el PSOE, como Schnake con Jiliberto, mientras en Italia Arrate, de nuevo, pero también Insulza y Viera-Gallo⁹⁷ trabarán lazos con el PCI, abriéndose a las corrientes renovadas del eurocomunismo. Fundarán la revista *Chile-América*, verdadero espacio de intercambio y de encuentros de los exiliados socialistas chilenos en Europa:

Durante esos años en Europa, mi visión política se ha transformado profundamente –subraya Ricardo Núñez, exiliado en Berlín y luego en España, Secretario General del PS chileno entre 1986 y 1989–. Las experiencias europeas que se multiplicaban alrededor nuestro, sólo nos podían confirmar en el rechazo del socialismo real o de las supuestas leyes generales de la

95 Véase en especial la declaración que denuncia el estado de sitio en Polonia y el "socialismo real", firmada por Arrate, Viera-Gallo, Ominami, Waldo y otros, publicada en "Declaración sobre Polonia", *Chile-América*, N° 76-77 (enero-marzo de 1982), p. 7.

96 Entrevista con Carlos Ominami, *op. cit.*

97 Entrevistas con José Miguel Insulza y José Antonio Viera-Gallo, *op. cit.*

revolución y en la revalorización del juego democrático, que no era de ninguna manera incompatible con un gobierno socialista⁹⁸.

Estas convicciones se afirmarán durante los importantes congresos de Chantilly, en 1982 y 1983, organizados por el Instituto para el Nuevo Chile y la Aser-Chile⁹⁹. Estas reuniones constituyen fuera de Chile los momentos clave de la renovación socialista. Son los puntos de encuentro y de convergencias en que se afirman los balances y proyectos del socialismo chileno:

En Europa –recuerda Ominami– trabajé con Jorge Arrate, quien dirigía entonces el Instituto para el Nuevo Chile, cuya sede se encontraba en Rotterdam. Organizamos una “escuela” a principios de los años ochenta. Organizamos entonces coloquios en Chantilly en 1982 y 1983. Estos encuentros han sido importantes porque por primera vez los exiliados dispersos en Suecia, en España o también en México (Luis Maira, Alvaro Briones, Jaime Estévez, Juan Enrique Vega y otros), se pusieron a conversar para constatar discrepancias innegables. Estas personas se dedicaron a elaborar un proyecto político. En ese momento, otros, como Tironi, Lagos, Garretón, Moulian, entonces en Chile, evolucionaban hacia posiciones análogas¹⁰⁰.

Sobre todo, durante estas reuniones se hacía evidente el cambio epistemológico que caracteriza hoy al socialismo renovado chileno: a la autocrítica de la Unidad Popular y del socialismo real, se suma una nueva aprehensión de lo político:

Tomamos conciencia que la política no es el reino de las certidumbres, que no se rige por leyes generales a fuerza de afirmaciones dogmáticas y de toma de posiciones intransigentes¹⁰¹.

El socialismo no es una verdad revelada sino más bien un proceso. En pocos años, nuestro socialismo perdió la capacidad de evocar el paraíso terrenal. A partir de 1973, tuvimos que vivir el socialismo como un problema y la política como un juego que había que concebir en términos de guerras y de juegos de suma cero¹⁰².

Brunner, entonces miembro del Comité Central del PS chileno, caracterizará el socialismo renovado como “no tradicional”, “postrevolucionario y postutópico”¹⁰³. Se cuestiona profundamente el paradigma revolucionario:

98 Entrevista con Ricardo Núñez, *op. cit.*

99 Las ponencias se encuentran hoy en los archivos nacionales de Santiago. Entre los participantes y los autores de contribuciones a estos actos se encuentran los principales actores intelectuales y políticos de la renovación chilena, en especial Moulian, Ottone, Tironi, Arrate, Campero, Solarí, Silva, Martner, Ominami, Brunner, Garretón, etc. Véase *Encuentro de Chantilly I*, “Chile-80: Movimientos, escenarios y proyectos”, Instituto para el Nuevo Chile/Aser-Chile (3-5 de septiembre de 1982); y *Encuentro de Chantilly II*, “Chile en los ochenta: Los desafíos de la redemocratización”, Instituto para el Nuevo Chile/Aser-Chile (2-4 de septiembre de 1983).

100 Entrevista con Carlos Ominami, *op. cit.*

101 Entrevista con José Joaquín Brunner, Ministro Secretario General de Gobierno bajo la presidencia de Frei, 14 de septiembre de 1995, Santiago de Chile, Palacio de la Moneda.

102 Entrevista con el sociólogo Eugenio Tironi, Santiago de Chile, 21 de septiembre de 1995, en sus oficinas.

103 José Joaquín Brunner, “Cultura política en la lucha por la democracia”, en Arrate *et al.*, 1986, *op. cit.*, p. 44.

La democracia –añade Brunner– no es la revolución. No permite ni en un dos por tres cortar los conflictos de poder para siempre y fijar irreversiblemente el curso de la historia de acuerdo con sus leyes más íntimas. Al contrario: la democracia es el arreglo siempre incierto de los intereses; implica negociaciones, concesiones, un juego sutil de consensos cambiantes. Es un sistema sujeto a la incertidumbre que no tolera las conquistas irreversibles, las verdades oficiales o las leyes inmutables de la historia¹⁰⁴.

Durante los años ochenta, a partir de 1982-1983, la renovación socialista encontrará su expresión orgánica en la consolidación de la Convergencia Socialista:

Hay un tiempo –dice Moulian– en que se pueden pronunciar ciertas palabras y un tiempo en que no se puede. En esta época era imposible por ejemplo decir soy socialdemócrata. Hay nociones indecibles. Es solamente a partir de 1982 que uno se podrá afirmar legítimamente como socialdemócrata. Tras ese momento, existe una social-democratización brutal de la izquierda chilena. El partido renovado empieza a definirse en términos de modernidad. Se deja entonces de hablar de superación del capitalismo¹⁰⁵.

En este proceso, detallado por Walker, convergirán los distintos componentes “altamiranistas” que surgen a continuación de la ruptura de 1979 (Carlos Altamirano, Jorge Arrate, Ricardo Núñez, Erich Schnake, etc.); los socialistas “de origen cristiano” provenientes del MAPU Obrero y Campesino (MOC) (José Antonio Viera-Gallo, José Joaquín Brunner, Tomás Moulian, Juan Gabriel Valdés, Jaime Estévez, Jorge Molina, etc.), del MAPU (Eugenio Tironi, Javier Martínez, etc.) y de la Izquierda Cristiana (Luis Maira, Sergio Bitar). A estos sectores se agregarán los independientes que provienen del MIR (Carlos Ominami y Gonzalo Martner), del PC (Ernesto Ottone y Alejandro Rojas) y el grupo de intelectuales de FLACSO como Garretón, Lechner, Flisfisch, Brunner y Moulian.

Durante ese periodo, las reuniones y las publicaciones se multiplican. Sin embargo, es solamente en 1985, durante la reunión de Punta de Tralca, que el PSCh adquiere una fisonomía más estable y empieza propiamente una reflexión estratégica acerca del plebiscito. También examina a los socios de la oposición (la DC), con quienes comienza el juego de la “ruptura pactada”¹⁰⁶. A la estrategia de derrocamiento mediante las movilizaciones y protestas urbanas, sucederá una estrategia menos frontal y más legalista¹⁰⁷. Esta estrategia acaba con el proceso de aprendizaje de la izquierda chilena que (re)hizo suyo el formalismo de la democracia burguesa. En 1988, con la

104 Ibidem, p. 41.

105 Entrevista con Moulian, *op. cit.*

106 Véanse en este sentido los trabajos de Paul Drake e Iván Jaksic (editores), *The Struggle for Democracy in Chile, 1982-1990* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1992); Joseph Tulchin y Augusto Varas (editores), *From Dictatorship to Democracy: Rebuilding Political Consensus in Chile* (Boulder, Co.: Lynne Rienner Publishers, 1991).

107 En muchos aspectos, las democratizaciones están ligadas también al ocaso de las movilizaciones sociales, es decir que la democracia se hizo menos por “abajo” que por “arriba”, contrariamente a una idea predominante en la izquierda a principios de los años ochenta, como lo muestran los ejemplos chileno y español. Véase Patricia Hipster, “Democratization and The Decline of Urban Social Movements in Chile and Spain”, *Comparative Politics*, Vol. 28, N° 3 (abril de 1996), pp. 273-298. Para un debate, véase Nancy Bermeo, “Myths of Moderation. Confrontation and Conflict During Democratic Transition”, *Comparative Politics*, Vol. 29, N° 3 (abril de 1997), pp. 305-321.

Democracia Chilena, es la democracia burguesa que ganará el plebiscito y participará activamente en la vuelta a la democracia bajo los gobiernos de Aylwin y Frei.

CONCLUSIÓN: GODOT NO VENDRÁ

Al cabo de su trayectoria, la mayoría de los actores de la transición chilena saben que Godot (la democracia absoluta) no ha venido y no vendrá, que existe solamente como una fórmula abstracta.

Uno de ellos, exiliado y refugiado en México, escribió que los últimos decenios se habían caracterizado por una "derrota temporal"¹⁰⁸. Pensaba antes que nada en la derrota socialista de 1973, pero también en la derrota más profunda y silenciosa que representó la pérdida de la creencia en los múltiples Godot que periodizaron la política chilena, el de la revolución adulada de principios de los años sesenta y luego el de una democracia idealizada, mítica y utópica, tan esperada y deseada.

Godot no llegó. En Chile, como en otras partes, la vuelta a la democracia se expresó mediante cierto desencanto al que los otros países del Cono Sur no escaparon¹⁰⁹. Hoy las instituciones políticas están desacreditadas, como lo demuestran las encuestas y sondeos efectuados estos últimos años. Así, en abril de 1997, sólo el 21,9% de los chilenos declaró confiar en los partidos políticos; éstos se convierten en las instituciones que más recelo inspiran. Ya se trate del gobierno (48,7%), del Poder Judicial (36,6%), o del Congreso (36,4%), la confianza política que inspiran las instituciones democráticas chilenas sigue siendo débil, mucho más débil que la confianza que inspiran las Fuerzas Armadas (63,1%), Carabineros (62,4%) o la Iglesia (68,6%)¹¹⁰.

La interpretación de las encuestas es siempre delicada y en todo caso sería muy equívoco deducir que los chilenos rechazan la democracia. El puntaje récord obtenido por la radio (83%), es decir los medios de información, indica lo contrario. Cabría más hablar de cansancio democrático, como en las viejas democracias europeas; más bien de democracia apaciguada que de democracia degradada. Por cierto, la crisis de la representación democrática es patente. Lo confirma la abstención récord, en especial entre los jóvenes, en los últimos comicios. Las elecciones legislativas del 11 de diciembre de 1997 corroboraron en la práctica la erosión relativa de los partidos centristas de la coalición gubernamental (que obtuviera el 50,5% de los votos contra un 55,4% en las elecciones anteriores de 1993) en beneficio del PC chileno, y de Renovación Nacional en beneficio de la UDI. Sin embargo, de manera más significativa aún, estas elecciones fueron marcadas sobre todo por importantes señales de indiferencia con respecto a la consulta, ya que un chileno de cada seis en edad de votar se abstuvo de inscribirse en el registro electoral.

108 Luis Maira, "Chile: Una derrota temporal", *Nexos*, septiembre de 1993 (*Cuadernos de Nexos*), p. 1. En el momento del golpe de Estado de 1973, Maira era diputado del Congreso Nacional de la Unidad Popular y miembro de la comisión encargada de llevar las negociaciones con Estados Unidos, a continuación de la nacionalización de las industrias del cobre. Más tarde, se refugiaría en México, donde vivió durante numerosos años como exiliado político. Trabajó, entre otras cosas, como analista político y miembro del consejo editorial de la revista mexicana *Nexos*, desempeñando a la vez una intensa actividad política, hasta convertirse en los años noventa en Secretario General del Partido Socialista chileno y ministro del gobierno Frei.

109 Para una comparación entre Argentina y Chile, por ejemplo, se puede consultar el ensayo de Lucy Taylor, *Citizenship, Participation and Democracy: Changing Dynamics in Chile and Argentina* (London: St Martins Press, 1997); sobre Argentina, James McGuire, *Peronism Without Peron: Unions, Parties and Democracy in Argentina* (Stanford: Stanford University Press, 1997).

110 *El Mercurio*, "Estudio Adimark", 13 de abril de 1997, p. 10.

Esta crisis de la representación no es sin embargo exclusiva de Chile. Revela más bien una trivialización democrática, cierta indiferencia. No se trata propiamente de recelo con respecto a la democracia. Si existe recelo, es con respecto a los políticos y a la política.

La crisis de representación que experimentan hoy numerosas democracias, antiguas o jóvenes, en Occidente o Extremo Oriente, revela ser más amplia: una crisis del futuro. Desde Maquiavelo, la política moderna se ha construido a partir de una meta y de una visión del porvenir. En el corazón de la política moderna existe una promesa fundamental, formulada y reformulada sin cesar desde entonces: el ser humano puede ser dueño de su destino político; al futuro no se lo espera, sino que se lo toma; y se puede tomar, no gracias a la Providencia, sino que por la fuerza de la virtud¹¹¹. A partir de Las Luces, el porvenir, como el horizonte temporal de esta promesa, no ha dejado de desplegarse. El siglo XX, con la puesta en movimiento de las utopías políticas, habrá representado solamente la apoteosis y la crisis de todas las promesas, sean totalitarias, revolucionarias o también democráticas.

Por lo tanto, conviene restituir la crisis contemporánea de la representación democrática. Esta es parte de una crisis de la representación de la democracia concebida como una promesa y como un camino que lleva de manera ineludible hacia un mundo de igualdad y de prosperidad. De donde resulta la dificultad actual, para los políticos, de generar promesas que sean factibles y creíbles. Como lo subraya Bernard Manin en su último ensayo¹¹², la edad de la política como programa quizá ya pasó, perfilándose una nueva edad, la de la política como resultado, una política en la que importa más el balance que la promesa.

Esta crisis del futuro y de la idea de promesa es patente tanto en Francia como en Chile. En Francia, la dificultad política del momento lleva a enfrentar y administrar la sobrecarga de promesas heredadas del despliegue del Estado de bienestar. Su puesta en orden significa no sólo ordenar las cuentas públicas, los presupuestos y la fiscalización del Estado, sino que significa ordenar también todo un mundo de promesas incumplidas e imposibles de cumplir. En Chile, la dificultad del momento significa ante todo volver a dar un horizonte temporal a una democracia ahora efectiva, pero que, en su pasado, no se plasmó (y no podía ser) en un encuentro con el paraíso. En ambos casos se trata de reordenar el contrato social, rearticular el horizonte de promesas y hacerlas creíbles, al despojarlas de sus excesos y al darles de nuevo confianza. Ahí radica precisamente toda la dificultad política del momento: ¿cómo rearticular la confianza erosionada por años de promesas no cumplidas, con la crisis del futuro como tela de fondo?

El año 1989 habrá estado marcado por un acontecimiento filosófico mayor: el desvanecimiento del futuro como horizonte de todas las promesas. Paradójicamente, la caída del muro de Berlín coincide con la vuelta a la democracia en Santiago de Chile. En las dos capitales, la vuelta a la democracia habrá significado no la vuelta al futuro, sino que más bien habrá confirmado que el futuro está superado, para usar la expresión de Kosseleck. Y si tal es el caso, ¿qué pasa entonces con la democracia? Si, al igual que la revolución, la democracia es un concepto de movimiento que apunta hacia un por venir, ¿en qué devendrá la idea de porvenir mismo cuando se oculte? ¿Cómo

111 Acerca de este "momento maquiaveliano", véase el ensayo de J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and The Atlantic Republican Tradition* (Princeton: Princeton University Press, 1975).

112 Bernard Manin, *Principes du gouvernement représentatif* (Calmann-Lévy, 1995).

puede enfrentar la democracia el “silencio del mañana”¹¹³, de ahora en adelante?

Esta pregunta se halla hoy en el corazón de una crisis que no es la crisis de la democracia, sino que una crisis más general de lo político. En sus últimos escritos, Vaclav Havel no deja de recordar cuán importante ha sido la pérdida de la utopía en su país y cuán contemporáneo es al advenimiento de la democracia, el mundo del comunismo como último despliegue de las promesas heredadas del siglo de Las Luces. En su discurso pronunciado en 1994 en la Universidad de Stanford, también hablará a favor de la rehabilitación de la esperanza, puesto que la democracia refiere a cierta trascendencia¹¹⁴.

Asimismo, de Isaiah Berlin a Leszek Kolakowski, numerosos filósofos contemporáneos subrayan este punto: no hay por qué lamentar el ocaso de las utopías (podríamos añadir que no más en América Latina que en otras partes), no hay por qué insistir en las promesas de horizontes radiantes o apiadarse de la muerte de las antiguas lunas. Aunque asimismo, insisten estos filósofos, conviene mantener tendido el espíritu de la utopía, la búsqueda del ideal¹¹⁵ o –para usar una expresión grata a Popper– la búsqueda de un mundo mejor¹¹⁶, que es propio del ser humano. Como lo subraya Kolakowski, “la idea de la fraternidad humana es desastrosa como programa político, pero indispensable como señal de orientación. La necesitamos, para usar la terminología kantiana, más como idea reguladora que como idea constitutiva”¹¹⁷.

El desafío democrático contemporáneo no radica en un solo puñado (cerrado) de respuestas; más bien radica en una pregunta (abierta): ¿cómo en Francia, en Argentina o en Chile contestar al silencio de mañana, cómo contestar políticamente con una promesa que no sea ni ruido, ni furor?

113 Norbert Lechner, “Las sombras del mañana”, *Colección Estudios Cieplan*, Nº 37 (junio de 1993), pp. 69-75.

114 Vaclav Havel, “La civilisation, contexte de la politique moderne”, en Havel, *Il est permis d'espérer* (Paris: Calmann-Lévy, 1997), pp. 69-80.

115 Véase Isaiah Berlin, “La búsqueda del ideal”, en Berlin, *Le bois tordu de l'humanité. Romantisme, nationalisme et totalitarisme* (Paris: Albin Michel, 1992), pp. 15-32.

116 Karl Popper, *In Search Of a Better World. Lectures and Essays From These Thirty Years* (London: Routledge, 1994).

117 Leszek Kolakowski, 1990 y 1997, *op. cit.*, p. 144.

REFERENCIAS

- AGUILAR, PALOMA.** *La memoria histórica de la Guerra Civil española (1936-1939). Un proceso de aprendizaje político.* Instituto de Estudios e Investigaciones Juan Marsch, Madrid, 1995.
- ALCATARA SÁEZ, MANUEL.** "Spanish Social Democracy and Latin America", en Menno Vellinga (editor), *Social Democracy in Latin America. Prospects for Change.* Westview Press, 1993.
- ALLAMAND, ANDRÉS.** *La centro-derecha del futuro.* Editorial Los Andes, Santiago, 1993.
- ALTAMIRANO, CARLOS.** *El pensamiento socialista chileno. Departamento de Difusión y Propaganda,* Partido Socialista de Chile, México, 1978.
- ANGELL, ALAN Y SUSAN CARSTAIRS,** "The Exile Question in Chilean Politics", *Third World Quarterly*, Vol. 9, N° 1, 1987.
- ANGELL, ALAN.** "International Support for The Chilean Opposition, 1973-1989: Political Parties and The Role of Exiles", en Laurence Whitehead (editor), *The International Dimension of Democratization. Europe and The Americas.* Oxford University Press, 1996.
- ARICÓ, JOSÉ.** "1917 y América Latina", *Pretextos*, N° 2, Lima, 1991.
- ARRATE, JORGE.** *El socialismo chileno: Rescate y renovación.* Ediciones del Instituto Nuevo Chile, Barcelona, 1983.
- ARRATE, JORGE.** *Exilio: Textos de denuncia y esperanza.* Documenta, Santiago, 1987.
- ARRIAGADA, GENARO.** *De la vía chilena a la vía insurreccional.* Editorial Pacifico, Santiago, 1974.
- BERLIN, ISAIAH.** "La búsqueda del ideal", en Berlin, I. *Le bois tordu de l'humanité. Romantisme, nationalisme et totalitarisme.* Albin Michel, Paris, 1992.
- BERLINGUER, ENRICO.** "Reflections After Events in Chile", *Italian Communists*, N° 5-6, 1973.
- BERMEO, NANCY.** "Myths of Moderation. Confrontation and Conflict During Democratic Transition", *Comparative Politics*, Vol. 29, N° 3, 1997.
- BITAR, SERGIO.** *Transición, socialismo y democracia: La experiencia chilena.* Siglo XXI, México, 1979.
- BRITO, ALEXANDRA DE.** *Human Rights and Democratization in Latin America: Uruguay and Chile.* Oxford University Press, Oxford, 1997.
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN.** "¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?", *Documento de Trabajo* N° 303, FLACSO, 1986.
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN.** "Cultura y política en la lucha por la democratización", *Documento de Trabajo* N° 206, FLACSO, 1984.
- CARDOSO, FERNANDO HENRIQUE.** "A questão da democracia", en Cardoso, *Autoritarismo e democratização.* Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1975.
- CARR, BARRY.** *Mexican Communism, 1968-1983: Eurocommunism in The Americas?* University of California Press, La Jolla, 1985.
- COLLIER, DAVID Y STEVEN LEVITSKY,** "Democracy With Adjectives. Conceptual Innovation in Comparative Research", *World Politics*, N° 49, 1997.
- COLLIER, SIMON Y WILLIAM SATER,** *A History of Chile.* Cambridge University Press, Colorado, 1996.
- CONSTABLE, PAMELA Y ARTURO VALENZUELA,** *A Nation of Enemies. Chile Under Pinochet.* Norton and Company, New York, 1991.
- DAVIS, NATHANIEL.** *The Last Two Years of Salvador Allende.* Cornell University Press, 1985.
- DOMÍNGUEZ, JORGE.** *Technopols. Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990's.* The Pennsylvania State University Press, 1997.
- DRAKE, PAUL E IVÁN JAKSIC** (editores), *The Struggle for Democracy in Chile, 1982-1990.* University of Nebraska Press, 1992.
- DRAKE, PAUL.** *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952.* University of Illinois Press, 1978.
- DUNN, JOHN.** "Revolution", en Ball, Farr y Hansen (editores), *Political Innovation and Conceptual Change.* Cambridge University Press, 1989.
- ELSTER, JON Y GEORGE LOEWENSTEIN,** "Utility from Memory and Anticipation", en Georges Loewenstein y Jon Elster (editores), *Choice Over Time.* Russel Sage Foundation, New York, 1992.

- ELSTER, JON.** "Consequences of Constitutional Choice: Reflections on Tocqueville", en Jon Elster y Rune Slagstad (editores), *Constitutionalism and Democracy*. Cambridge University Press, New York, 1988.
- FLISFISCH, ANGEL, NORBERT LECHNER Y TOMÁS MOULIAN,** "Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina", *Documento de Trabajo*, N° 240, FLACSO, 1985.
- FLISFISCH, ANGEL.** "Estatismo, economía y democracia en la crisis actual del socialismo", *Documento de Trabajo*, N° 458, FLACSO, 1990.
- GARRETÓN, MANUEL ANTONIO.** *El Proceso político chileno*. FLACSO, Santiago, 1983.
- GARTON ASH,** Timothy "Central Europe: The Present Past", *The New York Review of Books*, 13 de julio de 1995.
- GASPARINI, GIOVANNI.** "On Waiting", *Time and Society*, Vol. 4, N° 1, 1995.
- GIBSON, EDWARD.** "Conservative Party Politics in Latin America: Patterns of Electoral Mobilization in the 80's and 90's", en Jorge Domínguez y Abraham Lowenthal (editores), *Constructing Democratic Governance. Latin America and the Caribbean in the 1990's*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.
- GIBSON, EDWARD.** *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.
- GÓNGORA, MARIO.** *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, Santiago, 1986.
- HAVEL, VACLAV.** "Allocution à l'Académie des Sciences Morales de Paris. Paris, Octobre 1992", en Havel, *L'angoisse de la liberté*. Editions de l'Aube, 1994.
- HAVEL, VACLAV.** "La civilisation, contexte de la politique moderne", en Havel, *Il est permis d'espérer*. Calmann-Lévy, 1997.
- HERMET, GUY.** *Les désenchantements de la liberté. La sortie des dictatures dans les années quatre-vingt-dix*. Fayard, Paris, 1993.
- HIPSTER, PATRICIA.** "Democratization and The Decline of Urban Social Movements in Chile and Spain", *Comparative Politics*, Vol. 28, N° 3, 1996.
- INSULZA, JOSÉ MIGUEL.** "Eurocomunismo y socialismo en Chile", *Foro Internacional*, Vol. 21, N° 3 enero-marzo de 1981.
- JOIGNANT, ALFREDO.** "La production d'un candidat. Notes sur la campagne interne du parti démocrate-chrétien chilien pour l'investiture à l'élection présidentielle de 1988", *Revue Française de Sciences Politiques*, Vol. 40, N° 3, 1990.
- KAY, DIANA.** *Chileans in Exile: Private Struggles, Public Lives*. Longwood Academic, 1987.
- KOLAKOWSKI, LESZEK.** "The Death of Utopia Reconsidered", en Kolakowski, *Modernity on Endless Trial* (Chicago, London: The University of Chicago Press, 1990 y 1997).
- KOSELLECK, REINHART.** *Le futur passé: contribution à la sémantique des temps historiques*. Editions de l'EHESS, Paris, 1990.
- KOSSELECK, REINHART.** "Critères historiques du concept de 'révolution' des Temps Modernes", en Kosseleck, *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*. Ediciones de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1990.
- LECA, JEAN.** "La démocratisation dans le monde arabe: Incertitude, vulnérabilité et légitimité", en Ghassam Salamé (ed.), *Démocraties sans démocrates. Politiques d'ouverture dans le monde arabe et islamique*. Fayard, Paris, 1994.
- LECHNER, NORBERT.** "¿Por qué la política ya no es lo que fue?", *Nexos*, diciembre de 1995.
- LECHNER, NORBERT.** "De la Revolución à la Démocratie: Le débat intellectuel en Amérique du Sud", *Esprit*, N° 116, 1986
- LECHNER, NORBERT.** "Las sombras del mañana", *Colección Estudios Cieplan*, N° 37, 1993.
- LECHNER, NORBERT.** *La democracia en Chile*. Editorial Signos, Buenos Aires, 1970.
- LINZ, JUAN** "Democracy's Time Constraint", contribución presentada en el Vienna Dialogue on Democracy II, "Democracy and Time", 30 de noviembre – 3 de diciembre de 1995, *International Political Science Review*, Vol. 19, N° 1, 1999
- LINZ, JUAN Y ALFRED STEPAN,** "Incomplete Transition/Near Consolidation? Chile", en Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe and Post-Communist Countries*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.
- LINZ, JUAN.** "Il fattore tempo nei mutamenti di regime", *Teoría Política*, N° 1, 1986.
- LOAEZA, SOLEDAD.** "La incertidumbre política mexicana", *Nexos*, N° 186, 1993.

- LOOMIS, BURDETT.** *Time, Politics and Policies. A Legislative Year.* University of Kansas Press, 1994.
- LUCKMANN, THOMAS.** "The Construction of Human Life in Time", en John Bender and David Wellbery (editores), *Chronotypes: The Construction of Time.* Stanford University Press, Standford, 1991.
- MAIRA, LUIS.** "Chile: Una derrota temporal", *Nexos*, septiembre de 1993.
- MANIN, BERNARD.** *Principes du gouvernement representatif.* Calmann-Lévy, 1995.
- MCGUIRE, JAMES.** *Peronism Without Peron: Unions, Parties and Democracy in Argentina.* Stanford University Press, 1997.
- MENDRAS, MARIE.** "La patience chez Shlapentokh et la peur de l'annihilation chez Leites", *Archives Européennes de Sociologie*, XXXVI, 1995.
- MERINO, MAURICIO.** "Democracia después", *Nexos*, mayo de 1993.
- MONGARDINI, CARLO.** "L'aspettativa come categoria sociologica", en Mongardini, *Epistemologia e sociologia.* Angeli, Milan, 1985.
- O'DONNELL, GUILLERMO.** "El Estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia", *Documentos CEDES*, N° 10, Buenos Aires: 1978
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ.** *¿Qué es filosofía?* Alianza Editorial, 1980 y 1993.
- OTTONE, ERNESTO.** "Democratización y nueva hegemonía en Chile", en Arrate et al., *Siete ensayos sobre la democracia y socialismo en Chile.* Ediciones Documenta, Santiago, 1986.
- PATOCKA, JAN** "Temps, éternité et temporalité dans l'oeuvre de Macha", en Patocka, *L'écrivain et son 'objet'*. P. O. L., Paris, 1990.
- PAZ, OCTAVIO.** *Le signe et le grimoire. Essais sur l'art mexicain.* Gallimard, Paris, 1995.
- PÉCAUT, DANIEL** "La cuestión de la democracia", *Revista Mexicana de Sociología*, N° 3, 1989.
- POLITZER, PATRICIA.** *Altamirano.* Grupo Editorial Zeta, Buenos Aires, 1989.
- PRESTON, PAUL.** "Revenge and Reconciliation: The Spanish Civil War and Historical Memory", *Working Paper Series of the Center for European Studies*. Harvard University, 1986.
- PRZEWORSKI, ADAM Y FERNANDO LIMONGI,** "Modernization: Theories and Facts", *World Politics*, vol. 49, N° 2, 1997.
- PURYEAR, JEFFREY.** *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988.* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.
- RANGEL, CARLOS.** *Del buen salvaje al buen revolucionario.* Monte Avila Editores, Caracas, 1982.
- REY, ALAIN.** *Révolution, histoire d'un mot.* Gallimard, Paris, 1989.
- RICOEUR, PAUL** "Sanction, réhabilitation, pardon", *Le Juste.* Editions Esprit, Paris, 1995.
- RICOEUR, PAUL.** "Le pardon peut-il guérir?", *Esprit*, marzo-abril de 1995.
- RICOEUR, PAUL.** "¿Puede sanar el perdón?", *Esprit*, marzo-abril de 1995
- RICOEUR, PAUL.** "Le temps raconté", *Le Courrier de l'Unesco*, abril de 1991.
- ROSENBERG, TINA.** *The Haunted Land: Facing Europe's Ghosts after Communism.* Random House, New York, 1995.
- SANTISO, JAVIER.** "La valse aux adieux: Une analyse temporelle", en Guy Hermet y Lilly Marcou (editores), *Des partis comme les autres? Les anciens communistes de l'Europe de l'Est.* Editions Complexe, Bruxelles, 1998.
- SANTISO, JAVIER.** "Los relojes y las nubes: Tiempo y democratización en América Latina y Europa del Este", *Política y Gobierno*, Vol. IV, 1997.
- SANTISO, JAVIER.** "Théorie des choix rationnels et temporalité des transitions démocratiques", *L'Année Sociologique*, Vol. 47, N° 2, 1997.
- SARTORI, GIOVANNI.** *La democracia después del comunismo.* Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- SCHELLING, THOMAS.** *Choice and Consequences.* Harvard University Press, Cambridge, 1984.
- SCHMITTER, PHILIPPE Y JAVIER SANTISO,** "Three Temporal Dimensions to the Consolidation of Democracy", *International Political Science Review*, Vol. 19, N° 1, 1999.
- SCHUMPETER, JOSEPH.** *Capitalisme, socialisme et démocratie.* Payot, Paris, 1984.
- SCHWARTZ, BARRY.** *Queuing and Waiting.* University of Chicago Press, Chicago, 1975.
- SCHWARZ, BARRY.** "Waiting, Exchange and Power: The Distribution of Time in Social Systems", *American Journal of Sociology*, N° 79, 1974.

SCULLY, THIMOTHY. *Rethinking The Center, Party Politics in Nineteenth and Twentieth Century Chile.* Stanford University Press, 1992.

SHARE, DONALD. "Two Transitions: Democracy and The Evolution of The Spanish Left", *West European Politics*, 1985.

SHLAPENTOKH, VLADIMIR. "Russian Patience: A Reasonable Behavior and a Social Strategy", *Archives Européennes de Sociologie*, XXXVI, N° 2, 1995.

Skowronek, Stephen. "Presidential Leadership in Political Time", en Michael Nelson (ed.), *The Presidency and The Political System* (Washington: CQ Press)

TAYLOR, LUCY. *Citizenship, Participation and Democracy: Changing Dynamics in Chile and Argentina.* St Martins Press, London, 1997.

TULCHIN, JOSEPH Y AUGUSTO VARAS (editores), *From Dictatorship to Democracy: Rebuilding Political Consensus in Chile.* Lynne Rienner Publishers, 1991.

USLANER, ERIC. "A Contextual Model of Coalition Formation in Congress: The Dimensions of Party and Political Time", *American Behavioral Scientist*, Vol. 7, 1975.

VALENZUELA, ARTURO "Chile, Origins, Consolidation and Breakdown of a Democratic Regime", en Larry Diamond, Juan Linz y Seymour Martin Lipset (editores), *Democracy in Developing Countries*, Vol. 4, Latin America. Lynne Rienner, 1989.

VALENZUELA, ARTURO. *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile.* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.

VALENZUELA, SAMUEL Y TIMOTHY SCULLY, "De la democracia a la democracia: Continuidades y cambios en las opciones electorales y el sistema de partidos en Chile", *Estudios Públicos*, N° 51, 1993.

VALENZUELA, SAMUEL. "*Building Aspects of Democracy Before Democracy: Electoral Practices in Nineteenth Century Chile*", en Eduardo Posada-Carbo (ed.), *Elections Before Democracy.* Mac Millan, London, 1996.

VYLDER, STEFAN DE. *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular.* Cambridge University Press, 1976.

WALKER, IGNACIO. *Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada.* CIEPLAN, 1990.

WITTGENSTEIN, LUDWIG. *Tractatus logico-philosophicus.* Gallimard, Paris, 1961.